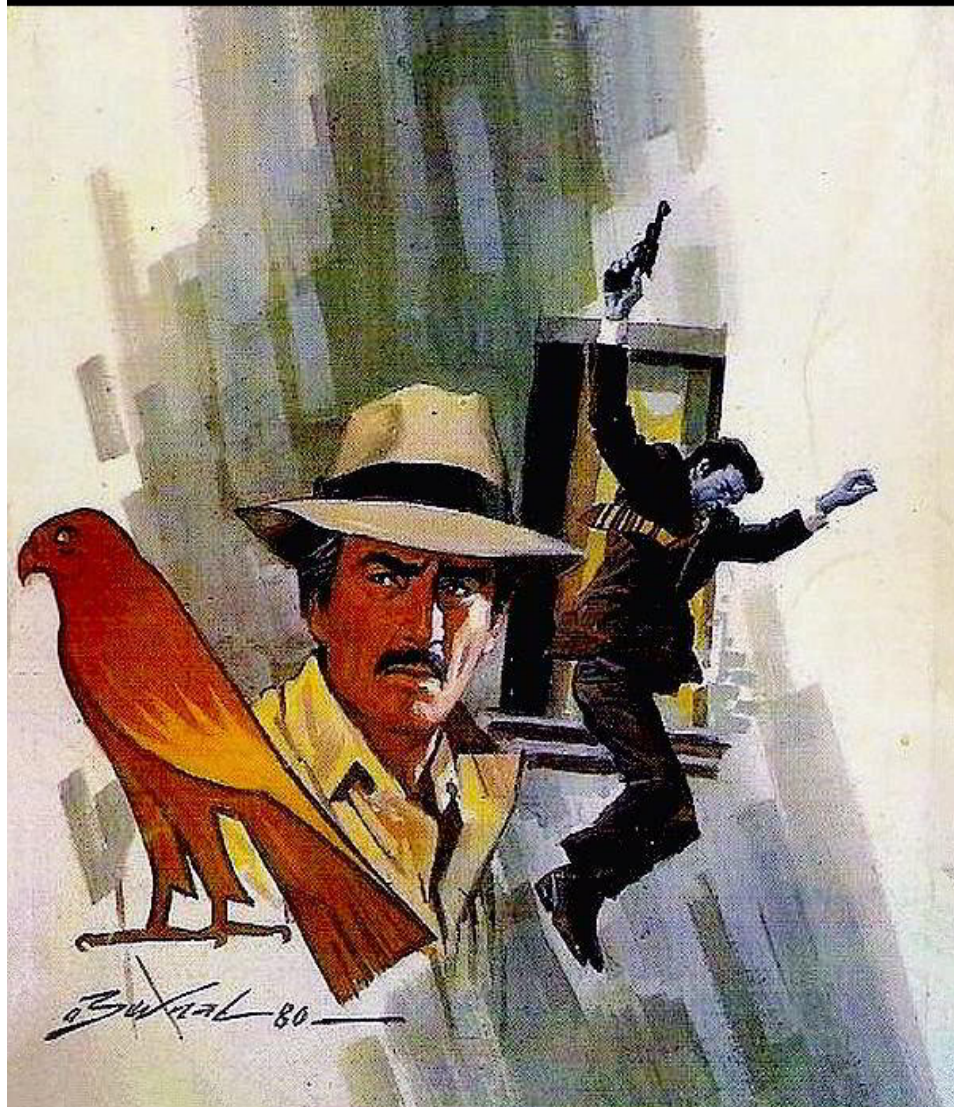


SERVICIO
SECRETO

Ss

HALCON DE PLUMAS DE ORO

Curtis Garland



La puerta no produjo el más leve ruido al abrirse.

Los ojos astutos y fríos asomaron al corredor. Recorrieron de un extremo a otro su desierta extensión tenuemente alumbrada en la madrugada. Las manos enguantadas sujetaban la hoja de madera, tras haber hecho girar el pomo y la llave sin siquiera un chirrido. Previamente, ambas cosas habían sido cuidadosamente engrasadas para evitar ruidos.

Al fin, la figura humana pisó la moqueta esponjosa del corredor con total silencio. Aquel calzado de goma negra no odia producir roces en el pavimento, sobre todo teniendo en cuenta el sigilo con que se movía su propietario.



Curtis Garland

Halcón de plumas de oro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1590

ePub r1.0

Lds 01.02.19

Título original: *Halcón de plumas de oro*

Curtis Garland, 1981

Cubierta: A. Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La puerta no produjo el más leve ruido al abrirse.

Los ojos astutos y fríos asomaron al corredor. Recorrieron de un extremo a otro su desierta extensión tenuemente alumbrada en la madrugada. Las manos enguantadas sujetaban la hoja de madera, tras haber hecho girar el pomo y la llave sin siquiera un chirrido. Previamente, ambas cosas habían sido cuidadosamente engrasadas para evitar ruidos.

Al fin, la figura humana pisó la moqueta esponjosa del corredor con total silencio. Aquel calzado de goma negra no odia producir roces en el pavimento, sobre todo teniendo en cuenta el sigilo con que se movía su propietario.

Vestía enteramente de negro, con una malla ceñida al cuerpo musculoso y elástico como el de un felino. Una caperuza ajustada se ceñía a su cabeza, dejando de su rostro visibles solamente sus ojos, la boca y parte de la nariz. Muy poco para que, en caso de ser visto por alguien, fuese fácilmente identificable tan extraño y singular personaje.

Con igual elasticidad y cautela que un gato, se desplazó por el corredor, pegado a los muros, su cuerpo todo en tensión constante, hasta llegar ante una puerta donde aparecía número 35 en gruesas cifras doradas.

La diestra enguantada se deslizó hasta la cerradura. Introdujo una ganzúa bien engrasada, de un manojo de especialísimas llaves maestras que llevaba en la otra mano hasta ese momento. Una simple intentona le demostró que la llave estaba puesta por dentro en la cerradura. Sonrió.

También se había percatado de que aquella cerradura chirriaba ligeramente. Cambió de llave. Ésta era más corta, tenía una especie

de imán en su extremidad, que adhería fácilmente la llave a cualquier otro objeto metálico con fuerza, y destilaba, al ser girada, menudas gotas de grasa oscura y ligera por unas ranuras laterales.

Cuando esa llave entró en la cerradura, ni siquiera hubo chasquido al contactar con el extremo de la otra llave. Giró en sentido contrario tres o cuatro veces, y la grasa que destiló terminó con el incipiente chirrido en unos segundos.

Al fin, cuando la hizo girar con firmeza hacia la izquierda, llevó consigo a la llave interior.

Y la cerradura se accionó suave, silenciosamente.

El cuarto estaba abierto, siempre que no hubiesen utilizado el pestillo interior. En el caso, el visitante sabía que tenía que utilizar nuevos recursos sofisticados para abrirlo.

En efecto. El ocupante de la estancia debía de ser muy precavido. La puerta cedió.

Estaba cerrada. En el fondo del corredor se oyeron unas voces y pisadas, Rápido, el hombre de la malla negra giró la cabeza. Sus ojos centellearon vivaces.

Con celeridad, se deslizó hasta la esquina del corredor más inmediata, y la dobló en un instante. Era justo el tiempo oportuno. Una joven pareja apareció por el fondo del pasillo.

Reían y charlaban entre sí. Parecían muy animados. Sus pisadas se aproximaron a la puerta número 35. Y, por tanto, también a él.

Ni un músculo de su cuerpo se movía. Sin embargo, su tensión recordaba la de las ballestas antes de dispararle. Podía entrar en acción en cualquier momento, si la ocasión así lo exigía.

No fue preciso. La pareja se detuvo en otra puerta, posiblemente la 33. Se entretuvieron unos momentos, cambiando frases joviales ante ella. El intruso sonrió irónico, estirando sus labios burlones. El estaba haciendo una proposición poco honesta a la muchacha. Pero ella no se mostró ofendida. Ni le hizo ascos al asunto.

—Pero si mamá se entera, se armaría una buena —la oyó susurrar—. Estaré solo un rato. Es muy tarde...

—Tu madre estuvo en la fiesta, como todos los demás. Se ha bebido mucho allí. Seguro que dormirá ahora. No te entretendré demasiado, palabra. Vamos, entra.

—Eres un canallita —rió la joven, excitada—. Vamos allá.

La puerta de abrió. Entraron los dos, y cerraron tras de sí. La

sonrisa del merodeador nocturno se acentuó. No tenía nada que temer de aquella vecindad. No les inquietaría ahora ni un cañonazo, con lo que les esperaba a los dos en el dormitorio inmediato, eso seguro.

Rió huecamente, volviendo a la habitación número 35. De su indumentaria negra y fantasmal, extrajo un objeto diminuto, una cajita negra rectangular, no mayor que una caja de fósforos, y algo plana. La adhirió en un punto de la puerta donde sabía por cálculo preciso previo a su intentona, que se hallaba exactamente el pestillo, lo mismo que en todas las habitaciones del hotel.

Luego, activó un diminuto resorte en un extremo de la caja. Ésta no emitió ruido alguno, pero un puntito luminoso verde se encendió en su centro. Luego, el punto comenzó a deslizarse hacia la izquierda, lentísimo. Al final, se detuvo en un extremo de la cajita negra, y terminó apagándose.

Ya estaba hecho. El merodeador sonrió. Era un ingenio electrónico capaz de accionar magnéticamente el metal de un pestillo, moviéndolo en uno u otro sentido, cuando sus imanes se adherían a un cuerpo inmediato al mecanismo que debía accionar. Muchos otros ladrones profesionales, y hasta agentes secretos y espías, hubieran querido tener un elemento así de trabajo. Pero aquél no era un merodeador vulgar, ni mucho menos.

Guardó la cajita electrónica, y accionó la puerta de nuevo. Esta vez cedió. Muy lentamente, la abrió lo suficiente para entrar él. Lo hizo, cerrando rápidamente tras de sí.

Contuvo el aliento, pegado a la puerta, en la oscuridad del interior.

Sabía que, lo mismo que la suya propia y el resto de las habitaciones de aquel lujoso y moderno hotel, había inicialmente una pequeña salita de estar, luego un cortinaje lateral que conducía al cuarto individual o de matrimonio, cuando no a una *suite* completa, y finalmente los servicios de aseo correspondientes.

Pronto se habituó a la oscuridad, pese a que ésta era intensa. Se aplicó a los ojos unas gafas ligeras, de goma negra y un vidrio oscuro. Luego, presionó un botón de su linterna, y ésta emitió luz infrarroja. Nadie podía ver nada allí excepto él mismo, con aquella claridad invisible a la mirada humana, salvo dotándola de unas gafas especiales como era su caso.

Se movió así libremente por la estancia, camino de la cortina lateral que le separaba del dormitorio.

Alzó esa cortina con muchas precauciones. Asomó el chorro de invisible luz infrarroja, que cayó sobre el lecho de matrimonio.

Ambos dormían apaciblemente, hombre y mujer. El, incluso, roncaba con pesadez, boca arriba, quizá a causa del champaña ingerido en la fiesta del hotel. Las pisadas del hombre de negro se deslizaron con menos ruido que el que harían las patas acolchonadas de una pantera, cruzando la estancia.

La luz infrarroja se derramó sobre la caja abierta del joyero. Gemas de gran valor, aros de oro puro y sorprendentes perlas legítimas, emitieron raros destellos al ser heridas por aquella extraña claridad. Pero su belleza seguía siendo la misma que a la luz natural.

Aquel montón de joyas debía de valer varios millones. Diadema, collares, pendientes, brazaletes, el reloj de platino con correa de igual metal precioso del hombre, los gemelos también de platino... Un pequeño y fantástico tesoro que ambos habían lucido generosa y ostentosamente durante la fiesta de aquella noche, en los salones del Gran Hotel Oriente.

Los ojos del intruso no revelaron codicia ni avariciosos sentimientos ante aquella cascada de luces y resplandores. Sólo cierto desprecio y sarcasmo. Alargó sus manos enguantadas, dejando la linterna sobre el tocador. Era evidente que el matrimonio millonario había caído en la cama con tal premura, medio ebrios como se retiraran de la fiesta, que ni tiempo dedicaron a guardar con un poco más de discreción su tesoro portátil.

No había, pues, demasiado trabajo por hacer. El merodeador lo cumplió a la perfección en menos de quince segundos.

Sus manos aferraron la masa de diamantes, esmeraldas, perlas, oro y platino, introduciéndolo todo en una elástica bolsa negra de goma que extrajera de su malla.

Cuando no quedaba ni una sola gema, ni una pieza de valor a la vista, cerró la bolsa, ajustándola el cuello con un cierre adhesivo. Colgó la bolsa de su cintura, y suspiró, dirigiendo una ojeada a los durmientes. No se habían movido de su posición inicial. Su sueño era profundo, como lo produce siempre el exceso de alcohol y de burbujas.

Sonrió, extrayendo de su malla otro objeto que colocó sobre el joyero vacío, antes de deslizarse nuevamente, con idénticas precauciones y sigilo, de regreso al corredor. Otra vez cerró la puerta, aseguró el pestillo desde fuera, con su cajita electrónica, y se alejó rápido, regresando a su dormitorio, que cerró por dentro.

Encima del tocador del matrimonio expoliado, una simple tarjeta de visita, aparecía ahora donde antes había una fortuna en joyas. Esa tarjeta tenía impresa solamente dos palabras en letra cursiva y en relieve:

«EL HALCON»

* * *

—¡El Halcón!

—Exacto, señor Fox. «El Halcón». Por eso está usted aquí ahora.

Tracy Fox, turista norteamericano, contempló con un aire entre aburrido e indiferente al hombre que le hablaba de ese modo, sin moverse de la butaca situada al lado opuesto de la amplia y pesada mesa despacho.

—Supongo que también por eso están los demás... —apuntó él.

—También es cierto. Todos han sido requeridos a este despacho para hablar de un mismo tema: El Halcón. Los señores McCullen, como perjudicados. Ustedes, los demás, como presuntos sospechosos del robo de una fortuna en joyas.

—Temo no entenderle muy bien. ¿Qué tenemos que ver nosotros con ese robo?

—Siéntese, por favor, señor Fox —suspiró el funcionario de la policía local, indicándole un asiento frente a su mesa—. Puede fumar, si lo desea. ¿Tabaco árabe?

—Sí, gracias —dijo el americano, aceptando un cigarrillo de la caja que le ofrecía el funcionario de uniforme—. Su tabaco es excelente, señor...

—Del Azir —repuso el otro—. Coronel Del Azir, jefe de los Servicios de Seguridad Reales.

—Vaya, coronel, ignoraba que tan alto departamento se ocupase en su país de asuntos como un robo de hotel...

—Señor Fox, en nuestro país no nos gusta que los turistas sean

esquilados durante su estancia en él. Hace mala imagen de cara al exterior. Y peor aún si ese robo no se descubre y el botín es devuelto a su legítimo propietario.

—Lo comprendo muy bien. Hay que dar buena imagen al mundo occidental, ¿no?

—No es sólo eso. Es cuestión de dignidad nacional y personal, señor Fox —sonrió duramente el hombre moreno, de aguileña nariz y fríos ojos negros—. Los árabes somos honestos. Queremos que también lo sean nuestros visitantes. Y este país pasa ahora por serias dificultades políticas y de prestigio. No quisiéramos que esto lo empeorase todo.

—Muy bien, pero no veo por qué me cuenta a mí todo eso, coronel...

—Se lo he contado ya a todos los demás, se lo aseguré, señor Fox. Ustedes forman un grupo selecto de turistas, el hotel Oriente es el mejor de nuestra capital, y no se puede acusar impunemente a nadie de un delito tan grave como éste. Por eso he preferido charlar uno a uno con ustedes, tras exponer a los señores McCullen mi convicción personal de que recuperarán sus joyas íntegras antes de salir de mi país.

—Es una afirmación algo atrevida, coronel —opinó Tracy fumando con indolencia el aromático cigarrillo árabe—. Sólo nos quedan tres días en su hermoso país. ¿Cree que en ese tiempo recuperará las joyas y dará caza al ladrón?

—Yo no he dicho tanto —puntualizó el coronel, enarcando las cejas, fija su mirada astuta en su visitante—. Sólo afirmé que recuperaría esas joyas.

—Ya. ¿Y no es lo mismo una cosa que otra?

—Tal vez no. Después de todo, el ladrón ni siquiera es árabe. El Halcón es sobradamente conocido en todo el mundo. Ha cometido robos audaces en Francia, Italia, Inglaterra, los Estados Unidos... Y nadie, hasta ahora, dio caza a tan hábil pájaro. No es por tanto ningún desprestigio que también nosotros podamos fracasar en ese propósito.

Especialmente, si lo robado se recupera y el incidente queda zanjado así.

—Todos hemos oído hablar poco o mucho de el Halcón —bostezó indolente Tracy Fox—. Es una nueva versión de Raffles,

Arsenio Lupin o Fantomas, ni más ni menos. Un ladrón de guante blanco que comete robos importantes. ¿Cómo espera usted recuperar lo que robó?

—Mis hombres están registrando el hotel en estos momentos, pero mucho me temo que eso no baste para conseguir mi objetivo —sonrió fríamente el coronel Del Azir—. Estoy seguro de que ese endiablado granuja tiene medios e imaginación sobrados para burlarnos a nosotros, como antes burló a Scotland Yard, la *Sûreté* o la policía americana.

—¿Entonces...?

—Sencillamente, espero que el Halcón se avenga a razones y me devuelva personalmente esas joyas.

—¿Personalmente? —Tracy Fox detuvo el cigarrillo cuando ya iba a apoyarlo en los labios y miró con sorpresa y escepticismo al militar árabe—. ¿Acaso sabe usted quién es el Halcón?

—Sí —asintió su interlocutor—. Lo sé.

—Vaya, eso es interesante, coronel... ¿Puede decirme quién es ese pillo?

—Sí. *Usted, señor Fox.*

CAPÍTULO II

El cigarrillo seguía humeando en los labios del joven y elegante millonario. Su indumentaria deportiva le hacía parecer aún más joven. Su aspecto era el de un hombre medio aburrido, medio fastidiado.

—Supongo que es una simple broma, coronel —juzgó por fin con abulia.

—Supone mal, señor Fox. Usted *sabe* que no es una broma.

—¿Me acusa de ladrón? —Tracy Fox enarcó las cejas, terminando por unir las en un fruncimiento pensativo—. Es un cargo muy grave, sobre todo si no hay pruebas.

—No le he acusado de nada. He dicho solamente que sé que es usted el Halcón, señor Fox. Y lo he dicho estando solos los dos. Sin testigos.

—Interesante sutileza, coronel. Pero no esperará que confiese, aunque sea cierto.

—Claro que no lo espero —rió suavemente el funcionario árabe—. Me defraudaría usted, señor Fox. Bonito anillo de oro el que luce.

¿Ah, esto? —Indiferente, se miró el sello de oro con sus iniciales, en el índice de su mano derecha—. Es un regalo antiguo. De una vieja amistad femenina. Bueno, no tan vieja, claro está.

—Lo supongo —la ironía brilló en los ojos negríssimos del árabe—. Sus iniciales: T. F.

Curioso, ¿no?, el Halcón...^[1].

—Sólo es una casualidad —rió entre dientes el joven millonario—. No iba a ser tan cínico ni tan atrevido si fuese yo el Halcón, ¿no cree?

—Por el contrario. Yo creo que, si es usted, como podría jurarlo,

haría justamente eso: burlarse del mundo, gritando claramente quién es.

—La charla empieza a aburrirme, coronel. ¿Piensa arrestarme o impedir mi salida del país... o someterme a tortura para que confiese?

—Las torturas pasaron a la historia, al menos en mi país —suspiró el coronel con sarcasmo—. No, no pienso hacer nada de eso. Solamente pienso hacerle una proposición.

—¿Una proposición?

—Eso es. Una interesante proposición... para los dos. Para usted y para mí, señor Fox.

—Eso sí que no lo entiendo. ¿Qué puede esperar usted de mí, a cambio de algo, si realmente piensa que yo soy esa persona que tanto le preocupa ahora, coronel?

—Sé que es usted el Halcón, señor Fox. No he llegado a mi cargo actual por casualidad. He sido siempre un leal defensor de la Corona en mi país, ya desde los tiempos esplendorosos de nuestro difunto rey Nazim Zamal, asesinado por motivos de política interior hace ya algún tiempo, y sigo siéndolo de su único hijo varón, el príncipe Islal, cuya subida al trono tendrá lugar en estas próximas fechas, como usted sabe, al cumplirse su mayoría de edad establecida para reinar. Pero eso no bastaría para que yo hubiese llegado a ser el jefe de los Servicios de Seguridad Real. Poseo virtudes para ello, imagino, y una de ellas es no aventurarme jamás a una afirmación falsa o calumniosa para nadie.

—Sigue sin decirme usted cuál es esa proposición, coronel —sonrió Fox, irónico, sin pestañear.

Del Azir sonrió a su vez, estudiando muy atento a su interlocutor, como si no quisiera perderse ninguna de las posibles alteraciones de su rostro, si bien los músculos faciales del americano continuaron inalterables.

—Bien. Quiero que escuche algo, señor Fox. Yo me siento ahora infinitamente más preocupado por la seguridad personal de mi príncipe, y futuro rey, así como por la de mi país, que por las joyas de los McCullen o su doble identidad del turista Tracy Fox y el Halcón.

—En cierto modo, hace bien —rió cínicamente el americano, cruzándose de piernas con aire indolente—. Se dice que Stephen

McCullen es un rufián de altas esferas, uno de esos canallas que la justicia nunca atrapa, porque actúan a nivel demasiado elevado para ser fácil presa de las leyes. Su fortuna se asegura que la ganó con medios ilícitos y oscuros, sin escrúpulo alguno, y a costa de las vidas y las ruinas de muchas otras personas. Su mujer, según tengo entendido, no es mucho mejor que él.

—Había oído hablar de ello. Son muchas las personas respetables de la sociedad que están en su mismo caso. Es raro el caso de gente que llegue a amasar grandes fortunas de un modo honesto y legal, señor Fox.

—¿Raro? —Fox soltó una suave carcajada repleta de sarcasmo—. Yo diría que tal caso no existe, coronel.

—Pero ello no es motivo para que alguien les robe sus joyas —censuró con repentina sequedad el militar—. ¿O sí?

Tracy Fox se encogió de hombros.

—Es una simple cuestión de puntos de vista. La ética no es igual en todos, coronel.

Supongo que el Halcón tiene la suya propia. Dicen que nunca roba a personas que no lo merezcan sobradamente. Y que destina sus robos a beneficiar a los más necesitados.

—El eterno bandido generoso de las leyendas —comentó fríamente el coronel, moviendo la cabeza en sentido negativo—. Yo no creo en leyendas, aunque mi pueblo y mi país sean muy dados a ellas, señor Fox.

—Ya le dije que es simple cuestión de puntos de vista. Dejemos la discusión. No nos conduciría a ninguna parte. ¿Cuál es esa proposición?

—Aquí está, señor Fox —el coronel Del Azir se puso a pasear por el despacho con aire distraído, pero evidentemente muy concentrado en lo que exponía—. Puedo proponer un pacto a el Halcón. La devolución de las joyas a sus propietarios legales, los McCullen, al margen de que merezcan o no tal cosa, a cambio de una suma de dinero muy considerable, por la que deberá rendir un especial servicio a la Corona, dentro de nuestro país.

—Eso implica dos cosas a cambio de una sola —apuntó Fox, irónico—. No sé si el Halcón aceptará. Es una proposición injusta, ¿no le parece?

—No del todo. Aparte que es la única que voy a sugerirle.

Digamos que sólo tendrá que devolver el Halcón el botín robado. Y por otro lado, cometer otro robo por el que percibirá, exactamente, una suma equivalente a medio millón de dólares, libre de todos nuestros impuestos.

—Es una suma razonable —admitió Fox—. ¿Será un pago legal?

—Absolutamente legal. Con un certificado firmado por el futuro rey Jaleb.

—¿Y qué debe robar el Halcón para recibir esa suma tan importante?

—Esto, señor Fox.

Casi teatralmente, el coronel descorrió una cortina mural, situada junto al retrato enmarcado con la bandera nacional del reino árabe de Ahmadistán.

Tracy Fox, asombrado, contempló la soberbia figura colgada del muro, tras aquel cortinaje, sobre la cual centelleó la luz solar que se filtraba por las persianas del despacho, con destellos cegadores del más puso color dorado.

—¿Qué es eso? —preguntó, sorprendido, poniéndose lentamente en pie.

—El Halcón de las Plumas de Oro, señor Fox —explicó con tono ceremonioso el coronel Del Azir clavando sus ojos en el gigantesco pájaro dorado que aparecía cubriendo aquel muro, tallado al parecer en oro macizo de 22 kilates—. Su valor material sobrepasa los dos millones de dólares. Su valor tradicional, para el pueblo ahmadano, es incalculable, infinito.

—Pero..., pero si *usted* tiene en su poder ese pájaro de oro... ¿para qué quiere que nadie lo robe, coronel? —Mostró Fox su perplejidad en la pregunta.

—Ése es el punto más sorprendente y complejo de este asunto, señor Fox —sonrió el coronel, volviendo a correr el cortinaje sobre la figura de oro—. Si el Halcón acepta mi proposición, conocerá todos los detalles del caso. Sepa que de esa respuesta puede depender el futuro de este país y de su joven rey. Y con ello, tal vez el desequilibrio del mundo árabe en momentos muy delicados para el orbe entero. Yo...

En ese instante, el coronel se detuvo. Fuera del despacho, del edificio del cuartel de las Fuerzas de Seguridad Real de Ahmadistán, sonaron disparos y gritos. Una voz clamó, no lejos de la estancia

donde ambos hombres se hallaban:

—¡Pronto, todos al palacio real! ¡Han intentado asesinar al príncipe Jaleb!

El coronel De Azir palideció, precipitándose hacia la puerta del despacho, al tiempo que gritaba a su visitante:

—¡Ya he empezado a suceder lo que me temía! ¡Venga conmigo, señor Fox, pronto!

El americano no vaciló. Salió en pos del coronel, mientras el fuego de fusilería y ametralladoras atronaba la calma soleada del mediodía árabe en la pintoresca y bella ciudad de Kashmar, capital del reino de Ahmadistán (*Téngase en cuenta que todo cuanto aquí se cita, relativo al país y ciudad donde ocurren los hechos, es absolutamente imaginario y no tiene semejanza intencionada posible con ningún país o hecho real. Es obvio que ello se debe a las características del relato, que exigen del autor crear un Estado y unos personajes totalmente ficticios, aunque dentro de unas normas lógicas de verismo*).

* * *

La situación estaba ya superada en el palacio real cuando el coronel Del Azir, seguido por un grupo de una veintena de hombres armados, penetró en el edificio fuertemente custodiado por tropas leales, autorizando con energía la entrada del americano, ante el recelo del oficial de guardia.

En un amplio patio al que asomaban las ventanas ojivales del bello palacio musulmán, y las galerías de adamascadas columnas, aparecían tendidos sobre charcos de sangre, hasta tres cuerpos humanos envueltos en prendas árabes arrugadas y sucias.

Los tres mostraban numerosos orificios de bala en sus cuerpos y cabezas, y el espectáculo no era precisamente agradable. El sol caía de plano sobre los muertos, haciendo brillar siniestramente los regueros de sangre sobre las losas del patio. Algunas moscas empezaban a acudir al olor de la muerte.

Alzó Fox la cabeza. Numerosos soldados armados de rifle, asomaban a las galerías. Un oficial, esgrimiendo un fusil ametrallador automático, todavía humeante, clavaba sus fríos ojos en los cadáveres.

—Eran los componentes del comando, coronel —informó a Del

Azir escuetamente, en árabe. Fox conocía la lengua y escuchó atento, aunque fingía interesarse tan sólo por el macabro espectáculo—. No pudo escapar ninguno.

—¿Y el príncipe? —preguntó el coronel, angustiado.

—Se encuentra bien, señor. Sólo un rasguño en el brazo izquierdo. Intentaban asesinarle. No sé cómo pudieron llegar hasta aquí.

—Yo, sí —gruñó el militar—. Siempre hay traidores en todas partes, Selim. Incluso en el palacio real... ¿Le ha visto el médico?

—Está ahora con él. No hay cuidado, señor. Llegamos a tiempo de evitarlo. Iban armados con pistolas automáticas y cuchillos. Pudieron sorprender a Su Alteza en la biblioteca, y prefirieron usar los cuchillos. Eran expertos en eso. Por fortuna, el príncipe gritó a tiempo, y su guardia acudió. El soldado Kabir era el que estaba más cerca. Salvó la vida de Su Alteza, pero él pagó con la propia. Estos cerdos huyeron disparando, y les dimos caza en el patio.

—Parecen harapientos —comentó el coronel, ahora en inglés, mirando primero los cadáveres y luego a Tracy Fox—. Cualquiera diría que son gente del pueblo enfrentada a la Corona. No es cierto. Se trata de asesinos a sueldo. Gente enviada por los enemigos de Su Alteza.

—¿Quiénes son esos enemigos, coronel?

—Los hay de diverso cariz —se encogió de hombros el militar—. Los peores se dividen en dos grupos: el de los *mullah*, los religiosos fanáticos e intolerantes, y el de los «Malditos». Son los seguidores del llamado Príncipe Maldito, el pariente de Su Alteza, príncipe Islal, un traidor que desea instalar su propia dinastía en Ahmadistán, destruyendo al último de los Shammar, que es Su Alteza. Islal se sabe débil por sí solo para esa tarea, y une a sus «malditos» el apoyo más o menos clandestino de algunas potencias interesadas en nuestro país por razones económicas o estratégicas. El petróleo, las minas de uranio y la situación geográfica de nuestro país, lo hacen ser muy codiciado por ciertos países, usted lo sabe.

—La política no me preocupa —comentó Fox, encogiéndose de hombros y apartando de los muertos su mirada con aire de desagrado—. Ni tampoco los problemas internos de cada país. Recuerde, coronel, que soy solamente un turista.

—No lo olvido en ningún momento —suspiró el coronel—.

Venga conmigo. Tal vez le sea posible ver personalmente a Su Alteza.

—¿A qué deberé tanto honor? —se extrañó Fox.

—El está al tanto de lo que hemos hablado en mi despacho. En realidad, la idea de ese convenio que le sugerí, fue mitad suya, mitad mía. Nuestro futuro rey es muy joven, pero también muy inteligente y culto, señor Fox. Podrá comprobarlo en seguida, si no le importa ser recibido y si él se encuentra en condiciones de hacerlo.

—¿Importarme? Como le dije antes, será un alto honor, coronel. Yo siempre respeto a las personas con grandes responsabilidades ante sus pueblos, sean quienes sean y de donde sean. Tal vez porque es algo para lo que yo nunca hubiera servido.

—Aún no se sabe, de modo que no esté demasiado seguro. Quizá algún día, sepa que su país le debe mucho, señor Fox.

—¿A mí... o al Halcón? —sonrió cínico el joven turista americano.

El coronel Del Azir clavó en él su mirada pensativa. Terminó sonriendo también, al iniciar el ascenso de las escaleras.

—Vamos —dijo simplemente—. Vamos cómo van las cosas en palacio...

CAPÍTULO III

Era, realmente, muy joven.

Iba a cumplir dieciocho años, pero aparentaba todavía menos. Acaso dieciséis, no más.

No muy alto, pero espigado, moreno, de grandes ojos oscuros y cabello negro lustroso, vestía con arrogancia una indumentaria típica árabe en colores blanco y negro.

Su herida del brazo izquierdo no parecía molestarle, porque sonrió a sus visitantes, con expresión amable y serena, y estrechó calurosamente la mano de Tracy Fox, cuando el coronel Del Azir hizo las presentaciones.

—Es un placer conocerle, señor Fox —dijo en un inglés suave, excelente—. El coronel y yo hemos hablado acerca de usted recientemente.

—Sí, ya me lo ha dicho —asintió Fox con tono significativo—. Celebro que no haya resultado malherido en el atentado, Alteza.

—Fue pura suerte. Y el sacrificio de un buen soldado —se nubló el destello natural de sus jóvenes ojos oscuros y profundos—. Kabir era un hombre leal y valeroso. Salvó mi vida a cambio de la suya. Nunca olvidaré algo así. Hoy en día, señor Fox, no abundan los hombres leales en ninguna parte.

—Estamos de acuerdo, Alteza.

—El coronel sí lo es. Pertenece a una especie cada vez más rara de la raza humana —sonrió—. No tengo quejas de mi pueblo, pero sé que muchos de los que me juran lealtad, lo hacen sólo por conveniencia o por oportunismo. En caso de grave riesgo, dudo mucho que los encontrase alineados a mi lado, señor Fox.

—¿Sospechan que existe un posible traidor cerca de Su Alteza? —sugirió Fox.

—No lo sospechamos —rechazó el joven futuro monarca de Ahmadistán—. Lo sabemos.

—¿Con evidencias claras?

—Sí —afirmó el monarca—. Venga conmigo, se lo ruego.

Fox siguió curiosamente al joven príncipe hasta su cámara privada, siempre con la escolta del coronel. Dos soldados armados de metralleta montaban guardia en el acceso a las dependencias destinadas al egregio personaje.

—Supongo que el coronel Del Azir ya le ha hablado de eso, ¿no es cierto? —preguntó el joven Jaleb, señalando a un punto de la estancia.

Fox miró en esa dirección. Enarcó las cejas. Conocía aquel pájaro dorado. Era la segunda vez que lo veía. Sólo que en esta ocasión formaba parte simplemente de un tapiz de gran belleza artística. Bajo el halcón de oro, se veían las armas reales del país árabe.

—El halcón de las plumas de oro —afirmó el americano—. Sí, me habló de ello, Alteza.

Hablamos de diferentes clases de halcones, en realidad.

—Lo sé —rió entre dientes el joven, mirándole con expresión risueña—. Ese halcón de oro, señor Fox, es el símbolo vivo de mi país y de la Corona. Se dice que durante cien generaciones se reinó bajo su signo para bien del pueblo ahmadistano. Todos los reyes fueron coronados en presencia del halcón de las plumas de oro, y de no haber sido así, ello significaría, según la tradición, sangre, dolor y ruina para nuestra patria.

—Según eso el halcón no debe faltar en la coronación, ¿no es eso? —indagó Fox.

—Exacto. Si faltase, sería la señal del desastre para todos. Los *mullah*, nuestros místicos enemigos, basan su fanatismo en que el día en que la sangre de los Shammar logre destruir las plumas de oro del halcón, ello significará que esa misma sangre correrá generosamente, acabando para siempre con mi estirpe. Sería, traducido a términos mucho más prosaicos y comprensibles, el fin de la dinastía Shammar. Y, con ello el inicio de un período turbulento, trágico e inseguro para el país entero.

—Entonces sería una tragedia auténtica para vos. Alteza, que ese halcón fuese robado alguna vez.

—Exacto —asintió el joven príncipe, con sus grandes ojos fijos en él.

—En tal caso, no puedo entender... por qué interesa que sea robado por otro halcón que no tiene precisamente su plumaje de oro —apuntó irónicamente Tracy Fox.

—Es muy sencillo —terció el coronel Del Azir cuando el futuro monarca le miró a la espera de su intervención—. Ese halcón de oro señor Fox, *ha sido robado ya...*

Tracy pestañeó, intrigado, sin entender bien todo aquel juego. A sus espaldas, una firme voz varonil, con fuerte acento árabe en su inglés, corroboró sombríamente:

—Así es, por desgracia. Dentro de tres días, por vez primera en la historia de Ahmadistán, el Halcón de las Plumas de Oro no podrá presidir la ceremonia de la Coronación... y ello significará el mayor desastre imaginable para todos.

Tracy se volvió. Un altísimo, severo personaje envuelto en una blanca chilaba de amplios pliegues, rostro flaco y anguloso, y ojos fríos y estrechos, había penetrado en la estancia, en compañía de una bellísima joven de raza árabe también, de formas acentuadas, especialmente en caderas y senos, y un rostro moreno, enmarcado por la negra melena sedosa que caía en cascada sobre sus hombros.

—Oh, mi querido tío Abdul —saludó con entusiasmo el joven príncipe—. Me alegra verte. Y a ti, amada Diznarda... os habréis enterado ya...

—De todo —asintió el hombre de gran estatura, moviendo afirmativo la cabeza—. No se habla de otra cosa. La noticia ha llegado ya a todas partes. He venido lo antes posible.

Diznarda estaba muy asustada, aunque nos dijeron que nada te había sucedido.

—Querido mío, estaba aterrorizada —musitó la joven abrazándose al príncipe con expresión anhelante—. ¿De verdad no te sucede nada?

—Nada en absoluto, te lo aseguro —sonrió el príncipe, rodeando con sus brazos a la joven Diznarda—. Todo ha resultado mejor de lo que pudo ser. Los asesinos fueron abatidos, pero aún no sabemos quiénes pagaron su mano criminal.

—Esto, en vísperas de la coronación, es un mal síntoma —señaló el alto árabe, con aire contrariado. Miró luego atentamente al

americano, con cierto recelo—. ¿Es el hombre de quien usted habló, coronel?

—Sí. El señor Tracy Fox, turista americano —sonrió el militar—. Señor Fox, le presento a dos personas muy importantes de nuestro país. El actual príncipe regente, Abdul Imsar, que además de ser tío carnal de Su Alteza, ha llevado durante estos años los destinos de Ahmadistán, hasta la mayoría legal de edad de nuestro futuro rey, que se cumple el j día antes de la coronación, es decir, pasado mañana. Esta bella joven es Diznarda, hija de un diplomático de nuestro país, y prometida de Su Alteza. Serán marido y mujer cuando se Layan cumplido tres meses de su subida al trono, según la tradición.

—Celebro conocer a tan altas personalidades. —Fox se inclinó, ceremonioso—. Veo que el suyo es un pueblo de recias y viejas tradiciones. Me alegra ver que todo puede seguir igual en el futuro, manteniendo a este bello país lejos de guerras sangrientas y revueltas feroces. Pero si ese halcón ha sido robado ya... ¿qué hacía en su despacho hace unos momentos, coronel Del Azir?

—Es fácil de explicar —murmuró el coronel—. Cuando volvamos allí, se lo explicaré prácticamente, señor Fox, y lo entenderá en seguida. Entonces sabrá por qué necesitamos a un hombre como el Halcón para que robe otro halcón de oro puro...

* * *

—Ésta es la sangre de los Shammar, según la tradición.

Las manos ágiles del coronel Del Azir alzaron un frasquito de oro con tapón del mismo metal y una inscripción en letras árabes en su exterior, mostrándoselo a Tracy Fox. Después, aproximó el frasquito al halcón dorado que reposaba en el muro de su despacho.

—Esa misma tradición dice que, momentos antes de serle ceñida la corona real al heredero, la sangre de los Shammar debe derramarse sobre el halcón de oro. Así...

Alzó más aún el frasquito. Lo destapó. Un chorro rojo espeso se deslizó sobre la cabeza del ave y goteó hasta su corvo pico. Fox miró atentamente. Observó que a medida que el denso líquido escarlata corría sobre la superficie de oro del pájaro, ésta empezaba a diluirse, mostrando debajo una materia gris brillante.

—Eso no es oro —dijo Fox—. Sólo tiene un baño dorado que se diluye al contacto con el líquido...

—Exacto, señor Fox. Obviamente, la «sangre» de los Shammar no es más que un vulgar ácido capaz de actuar sobre cualquier metal que no sea oro o platino. Este halcón es falso.

Es de una aleación de peso parecido al oro, y bañado con color dorado. Nada más.

—Entiendo. ¿Y el verdadero...?

—Ha desaparecido. Si antes de la coronación no aparece, sobrevendrá el desastre. La ceremonia es pública. Cuando el pueblo vea que el halcón no soporta el baño de la supuesta sangre, atribuirá grandes desgracias al futuro, cundirá el terror, y los enemigos de la Corona aprovecharán el momento para provocar el derrocamiento, la revuelta, el golpe de Estado definitivo.

—Sí, empiezo a darme cuenta de la situación. Alguien se llevó de palacio el auténtico halcón de las plumas de oro, dejando otro falso en su lugar, a la espera de que la coronación resulte lo que ellos esperan. ¿Cómo descubrieron la superchería?

—No me fío nunca de nada ni de nadie. Hice revisar periódicamente por los expertos ese pájaro dorado. El otro día me informaron de lo ocurrido. Hice traer aquí secretamente el falso halcón. Para todos, sigue estando el auténtico en la caja acorazada del palacio, pero usted, yo, el príncipe y su tío, así como Diznarda, sabemos bien que eso no es así.

—¿Sospechan de alguien?

—De muchos. Quizá demasiados: los *Mullah*, el Príncipe Maldito, Islal... o un traidor aislado que esté vendido a intereses extranjeros. Son tres posibilidades por encima de todas las demás. Pero ninguna definitiva para seguir su pista. Y todas igualmente difíciles de comprobar. Más aún de intentar el rescate del verdadero halcón en tan breve espacio de tiempo.

—Y usted pensó en el Halcón para recuperar al otro halcón, ¿no es eso?

—Sí. No es un robo, exactamente, sino un rescate. Pero de cualquier modo, una tarea para un hombre como usted.

—No, coronel —suspiró Fox, irónico—. Una tarea para un hombre como el Halcón.

—Dígalo como quiera. ¿Se ve capaz de llegar hasta el final?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros Fox—. Aunque supongo que es más fácil robar las joyas de otros McCullen...

—Si no acepta, me verá obligado a arrestarle por sospecha de robo. Encontraré esas joyas, señor Fox, haya hecho lo que haya hecho con ellas, se lo aseguro. ¿No sería mejor cooperar, ser amigo mío y hacer algo realmente bueno por los demás?

Tracy Fox no dijo nada de momento. Aceptó otro cigarrillo árabe que le ofrecía Del Azir, y fumó en silencio, mientras reflexionaba, sentado en su silla. Comenzó a divagar, en apariencia:

—Voy a decirle algo, coronel —comenzó—. El Halcón descubrió un día que ciertas personas muy ricas de su país, obtenían sus cuantiosos ingresos a base de vender armas a países subdesarrollados, para provocar guerras y medrar a costa de ellas. Esa gente sufrió un importante robo de millones. Parte del dinero fue a parar al fondo personal del ladrón, naturalmente. Ya sabe; gastos, inversiones, recursos y todo eso. Pero la mayor parte fue a parar a una Fundación que él regenta de forma anónima en varios países, con un nombre prestigioso por su labor benéfica y su cooperación con entidades como la Cruz Roja Internacional, la UNESCO, y otras semejantes. Ese dinero sirve ahora para combatir enfermedades, epidemias y hambre en muchos puntos del mundo. En otra ocasión, fue un político que apoyaba a la mafia y obtenía gracias a ésta el triunfo en las elecciones y la fortuna fácil en sucios negocios. Dos millones obtenidos por esa vergonzosa labor, fueron a parar a manos del Halcón. En su casi totalidad, pasaron a mejorar muchas de las cosas que ese político miserable había corrompido. Y también sirvió para que ciertos documentos que iban con aquel dinero robado, fuesen luego a parar a manos del FBI, logrando su proceso y condena en prisión por quince años. Creo, coronel Del Azir, que esas cosas significan hacer algo bueno por los demás. El Halcón no pretende ser un bandido generoso al uso. Pero dentro de su cinismo egoísta e ilícito, procura que sus trabajos proporcionen a los más desafortunados un cierto alivio a sus penas, provocadas casi siempre por culpa de personas a quienes oficialmente se tiene por decentes y respetables.

—Perdone —el coronel inclinó la cabeza, con aire de disculpa—. Creo que no le había sabido valorar en su exacta condición. Estoy seguro de que ese medio millón legalmente ganado por el Halcón,

puede ayudar mucho a personas necesitadas.

—Pienso lo mismo. Pero ese dinero tendrá algo menos fascinante que en otras ocasiones, al menos para el Halcón —sonrió Fox.

—¿Qué?

—Que será legal. ¿Le parece poco? —Y Fox soltó una suave carcajada a la que se unió, pese a su habitual seriedad, el jefe de los Servicios de Seguridad Real de Ahmadistán.

Luego, Fox añadió, más serio:

—De todos modos... acepto el convenio.

* * *

—Me alegra verle de regreso, señor Fox. Habíamos temido lo peor en su ausencia. A fin de cuentas, ya se sabe que en estos países las autoridades hacen lo que quieren, y son capaces de cualquier atropello con un ciudadano extranjero...

Tracy Fox contempló inexpresivo a quien le hablaba de ese modo, y manifestó, con un encogimiento de hombros:

—Lamento no coincidir con usted en ese punto, señor Carpenter. Lo cierto es que he sido tratado con exquisita cortesía, y que solamente el atentado sufrido por Su Alteza en el palacio real, ha demorado un poco las diligencias de trámite. No tengo queja alguna de las autoridades de Ahmadistán, ni creo que los países árabes sean unos salvajes que no se atengan a las normas civilizadas de comportamiento.

—El señor Fox tiene razón, señor Carpenter —se apresuró a apoyar con viveza la joven que permanecía no lejos de ellos, en el amplio y confortable *hall* del hotel, revisando minuciosamente sus cámaras, teleobjetivos y demás elementos profesionales—. Yo he viajado mucho por todos los países árabes, y puedo asegurarle que he encontrado, como en el resto del mundo, las más delicadas cortesías y atenciones a mi persona. Y otro tanto puedo decir de los israelíes o de muchos otros países, incluidos los africanos de nuevo nombre y forma de gobierno, donde los negros tampoco han respondido a esas campañas de supuestos métodos salvajes que muchos les han atribuido.

—Señorita Harris, no pretendía molestar a nadie con mis

palabras —se apresuró a declarar algo confuso el turista americano Donald Carpenter, importante hombre de negocios de Nueva York—. Pero eso de haber sido requerido a un cuartel de la policía militar de este país, sólo porque alguien cometió un robo en este hotel... Yo soy una persona decente y respetable.

—Todos lo somos, señor Carpenter, mientras no se demuestre lo contrario —señaló ella con suave ironía—. No hay nada de que molestarse, puesto que todo el grupo hemos sido tratados de la misma forma, y sólo investigan una sospecha muy razonable: la de que alguien de este hotel robó esas joyas a los McCullen.

—En este hotel, señorita Harris, no estamos solamente nosotros, los turistas —replicó Carpenter—. ¿Se olvida del personal de servicio?

—Ellos, al menos, no lo olvidan —terció fríamente Tracy Fox—. Cuando salía del despacho del coronel Del Azir, oí que requerían allí la presencia de todo el personal de este hotel, incluida la gerencia. Al parecer, las pesquisas proseguían.

—No sabía eso —aseguró Carpenter enrojeciendo levemente.

—Además, señor Carpenter... dudo mucho que el Halcón sea un nativo de Ahmadistán —rió irónica Wanda Harris, la joven y atractiva reporter de la Agencia de Noticias British International de Londres—. He oído hablar de sus robos en muchos países europeos y americanos.

—Sí, claro, yo también —admitió Carpenter—. Pero eso podría ser una añagaza de alguien, lo bastante listo para atribuir al verdadero Halcón algo que él no cometió.

—Una posibilidad muy sugestiva, señor Carpenter —dijo burlón Tracy Fox—. Creo que la policía de Ahmadistán debería tenerla en cuenta. ¿Se lo dijo así el coronel Del Azir?

—No. Pero pienso hacerlo, si nos retienen en este país a la fuerza.

—No creo que tengan tal idea, si las pruebas contra alguien no sé concretan antes de nuestra fecha de partida, o si apareciesen las joyas. Ellos lo que quieren es resolver un enojoso problema para su país y su prestigio internacional, eso es todo.

Carpenter meneó la cabeza, dubitativo, y se alejó hacia el bar gruñendo entre dientes:

—Sigo pensando, de todos modos, que en estos países uno nunca

tiene garantías de no ser molestado sin razón...

Su alta figura corpulenta, enteramente vestida de blanco, se mezcló con los demás huéspedes que se alineaban en la barra del fondo. Tracy Fox y la joven periodista cambiaron una mirada y una sonrisa.

—La eterna superioridad del hombre americano —comentó ella, sarcástica—. Se cree por encima de todos los demás seres del mundo.

—Yo soy americano, señorita Harris —apuntó Fox, sonriendo.

—Perdone. Sabe que no me refiero a usted. Por suerte, no todos somos iguales en ninguna parte de este planeta. Pero tendrá que reconocer conmigo que muchos compatriotas suyos son como el señor Carpenter. He oído hablar mil veces del chauvinismo francés, y admito que existe como fenómeno. Pero ¿qué podríamos decir del americano en muchas ocasiones?

—*Touché* —rió Fox, agitando afirmativo la cabeza—. Usted tiene razón, señorita Harris.

Sin embargo, como dijo anteriormente, no todos somos iguales en el mundo. Supongo que usted, por ejemplo, no es una de esas ciudadanas inglesas que habla de «Inglaterra y el resto de Europa o del mundo».

—Buena estocada en respuesta —se echó a reír también la joven de buen humor, y un destello alegre asomó a sus pupilas azules, mientras se agitaba su rubia cabellera, ligeramente cobriza—. Creo que yo tampoco puedo hablar de los demás, si juzgo el modo de ser de las Islas.

—Bueno, no diga eso. Todos podemos comentar cosas así cuando hay razón para ello.

Ni usted ni yo tenemos el criterio rígido y despectivo del señor Carpenter, pongamos por caso. De lo cual me alegro bastante. ¿Cómo van sus reportajes?

—Bastante mal —se quejó ella—. No me dejaron salir del hotel los soldados cuando se produjo el atentado al príncipe Jaleb. Hubiera sido un buen reportaje.

—Sí. Bueno y penoso —suspiró Fox—. Yo presencié sus resultados finales. No eran agradables.

—Se habla de varios muertos... y de una herida del príncipe.

—Cuatro murieron. Un soldado leal que salvó al príncipe, y tres

asesinos que intentaron el golpe. La herida de Su Alteza, por fortuna, no revistió importancia alguna. Fue solamente un arañazo en su brazo izquierdo.

—¿A quién atribuyen el atentado?

—No están seguros. Pudo ser obra de cualquiera. Ya sabe lo que dicen los periódicos en estos últimos tiempos. Ahmadistán, como otros enclaves árabes estratégicos en el tablero de ajedrez que es ahora el mundo, es foco de tensiones graves. En cualquier momento puede estallar el polvorín. Aquí, la Corona es la única posibilidad de equilibrio, pero le acechan demasiados peligros. Los fanáticos religiosos, el príncipe traidor que pretende una nueva dinastía, los agentes extranjeros que buscan apoderarse del control del país, con su riqueza petrolífera y su enclave geográfico... En fin, todo muy turbio y sombrío. Una chispa cualquiera, podría encender la mecha y llevarse todo por los aires.

—Sí, sé todo eso. Pero imaginé que este atentado tendría alguna identidad conocida, puesto que fueron abatidos los asesinos...

—Al parecer eran sólo personas a sueldo, simples instrumentos de alguien que no desea dar la cara. Ninguna persona conocida, ningún terrorista de filiación concreta o un fanático determinado. Sólo tres asalariados que, de haber sobrevivido, tampoco hubiesen hablado de nada útil, estoy seguro.

—Aun así, me hubiera gustado obtener ese reportaje.

—He conocido casualmente a Su Alteza.

—¿Usted? —se sorprendió Wanda Harris—. ¡Vaya, eso sí es una noticia! Creo que pocos occidentales entran en su palacio últimamente, por cuestión de seguridad...

—Ya le dije que fue casual, simple accidente. Me pareció una persona muy agradable y culta. Si tengo ocasión de verle de nuevo, le hablaré de usted y de sus reportajes. Tal vez consiga algo.

—Se lo agradecería mucho —suspiró ella—. Tengo mi tarjeta de identificación y mi lugar en la sala de trono para la ceremonia de la coronación, dentro de tres días, pero eso lo recogerán todos los periodistas desplazados aquí, así como la televisión. A mí me gustaría algo especial, distinto. Una gran exclusiva. Claro que ése es el sueño de todo periodista.

—Ojalá lo consiga —sonrió Fox—. Si yo tuviera ocasión de facilitárselo, le aseguro que lo haría, señorita Harris.

—Gracias. Creo que dice la verdad. Pero por desgracia, usted quizá no tenga esa oportunidad. Ahora estoy intentando, al menos, hacer un buen reportaje sobre el robo de joyas a los McCullen. Si al menos conociera al Halcón... ¡Eso sí sería un reportaje!

—Evidentemente, lo sería. Pero a él no creo que le hiciera mucha gracia.

—Si llegase a conocerle, sería capaz de pactar con él para escribir mi gran artículo sin revelar su identidad a nadie. Pero claro, estoy hablando de un imposible.

—No lo veo tan imposible —miró en derredor, a los turistas que salpicaban el amplio salón del hotel—. Después de todo, el Halcón está aquí, bajo este mismo techo. De otro modo, nunca hubiese podido robar esas joyas, ¿no cree?

—Sí, es posible que alguien de los que vemos en torno nuestro sea el Halcón, pero ¿quién es de ellos? Es como buscar una aguja en un pajar, señor Fox. Ese hombre es un lince. Astuto, hábil, escurridizo. Un maestro en su especialidad, como pudo serlo John C.

Raffles, nuestro ladrón legendario. Merecería ser inglés, ¿no cree?

—¿Quién? ¿El Halcón? —Fox enarcó sus cejas. Ella asintió, y el joven americano añadió con una sonrisa—: Tal vez lo sea, después de todo. En nuestro grupo hay turistas de muchas nacionalidades. Y algunos otros que hallamos en este hotel o que llegaron después de nosotros, incluidos un rico hindú, un negro campeón de boxeo y un japonés que es magnate de la industria electrónica en Tokio. Tiene todo un abanico de posibilidades para elegirle nacionalidad a su Halcón, señorita Harris.

—Se está burlando de mí —se quejó ella, mirándole con una sonrisa—. Creo que, aun sin quererlo, mi chauvinismo británico salió a la superficie, ¿no?

—¿Sería un honor para Inglaterra tener al Halcón entre sus hijos?

—¿Por qué no? Personalmente, admiro a una persona capaz de hacer cosas así.

—Lo que hace el Halcón es inmoral. ¿No lo es también simpatizar con él?

—Me tiene sin cuidado que sea inmoral o no. Las personas

audaces, inteligentes y brillantes en su profesión, me fascinan. Si estuviera en mi mano entregarle a las autoridades, si llegara a saber un día quién es... ¿sabe lo que haría?

—Empiezo a sospechar que le ocultaría románticamente y hasta sentiría una especie de amor poético por él —rió suavemente Tracy Fox, clavando sus agudos ojos grises en ella.

—Exacto —afirmó Wanda Harris riendo también—. Eso es lo que haría.

Y recogiendo sus elementos de trabajo fotográfico, inició la retirada hacia sus habitaciones, al tiempo que repetía con tono casi agresivo:

—Y no me importa que piense que soy una inmoral, señor Fox. Tal vez porque la moral sea algo muy decadente hoy en día en todas las partes del mundo, y constituya más un estorbo que una virtud.

—Al fin he encontrado a alguien más cínico que yo —suspiró Tracy Fox, cuando se quedó a solas, con expresión entre pensativa y divertida.

CAPÍTULO IV

El templo de los Mullahs se elevaba en el barrio antiguo de Kashmar, la capital de Ahmadistán. En aquel dédalo tortuoso y pintoresco de callejuelas empedradas, viejas edificaciones musulmanas, patios y minaretes, se alzaba el sólido bloque rematado por las cúpulas morunas del templo más viejo y tradicional del Islam de aquellas tierras.

Aquella noche, había animación en el interior de la mezquita, bajo las altas bóvedas recubiertas de doradas inscripciones, de nácar y de maderas delicadas, con grabados de viejas tradiciones islámicas.

La reunión de personajes con largas chilabas blancas, venerables barbas, casi siempre canosas o del color de las prendas de vestir, turbantes negros y rostros de expresión ascética, tenía lugar en torno al altar central del templo. Los murmullos de los rezos sagrados, en torno al punto señalado por el Corán, resonaban huecamente en los desnudos muros del recinto.

Era una reunión especial. En medio de ella, como norte y guía del Corán, estaba su supremo mandatario en Ahmadistán, el místico Mullah llamado también el Gran Meshad.

Un personaje religioso y político de excepcional importancia dentro del país y de muchos otros países vecinos.

En las hornacinas del templo brillaban tenuemente las lucecillas de las lámparas de aceite, única iluminación en el lugar, que prestaba un aire fantasmal e inquietante al recinto y a su reunión nocturna, sobre todo si alguien ajeno al Islam hubiera estado capacitado para presenciar tal junta. Aunque ello era virtualmente imposible, ya que ninguna persona no creyente podía participar de tales reuniones ni tan siquiera espiarlas de cerca o de lejos.

Terminadas las oraciones, el Gran Meshad se incorporó lenta, majestuosamente, tras besar el suelo. Miró con sus profundos, llameantes ojos, negros como el azabache, y no menos brillantes, a todos sus fieles allí reunidos en semicírculo, en torno a su majestuosa y venerable figura. Se mesó lentamente las barbas salpicadas de hebras plateadas, y habló luego en su lengua, cadenciosa y gravemente:

—Hermanos Mullahs todos. Os he reunido aquí esta noche, porque graves acontecimientos amenazan a nuestra patria y a nuestra fe.

Un murmullo solemne, de respeto y expectación, acogió sus iniciales palabras. El místico Mullah prosiguió con lentitud, sin mover un solo músculo de su hermético rostro bronceado y rugoso:

—Se dice por esas calles de Kashmar, aunque Alá sea más prudente y más compasivo, que la muerte y la sangre pueden cubrir en cualquier momento las calles de nuestro amado país, trayendo grandes desgracias a nuestro pueblo y provocando, quizá, la intervención extranjera en nuestro suelo, con el ultraje y profanación que para nuestro culto y nuestra dignidad ello significaría. Son momentos difíciles y peligrosos los que vivimos en estos días, y nosotros, los religiosos, como guardianes de la fe del Islam y del respeto que nuestros fieles merecen, debemos permanecer alerta e impedir como sea que la amenaza se cumpla sobre el indefenso pueblo de Ahmadistán.

Nuevo silencio, ya sin murmullos siquiera, siguió a las frases de Meshad, Los ojos de todos los presentes, los Mullahs de Ahmadistán, eran carbones como brasas, fijos ardorosa y calladamente en su líder religioso.

Éste prosiguió, siempre sin alterarse lo más mínimo:

—Una dinastía real débil y prooccidental, que va alterando los valores auténticos de nuestra fe y de nuestro pueblo, con el pretexto de mejorar el nivel de vida y explotar adecuadamente nuestras reservas naturales, no puede ser nunca el mejor camino para salvarnos de esos riesgos, y yo puedo aseguraros que seremos víctimas de esa debilidad y de esos errores políticos que adulteran y pervierten nuestro espíritu y nuestra raza, entregándonos en poder de quienes nos explotan. ¡Por todo ello, sólo un camino puede existir para nuestra supervivencia y la de nuestros principios

religiosos, morales y éticos, hermanos todos! ¡Y ese camino no podemos marcarlo sino nosotros, los defensores de la Fe y los protectores de las virtudes y del pasado de este país! ¡Guerra, pues, ajá monarquía reinante, guerra a la corrupción y a las influencias extrañas en nuestro suelo! ¡Guerra santa por la auténtica liberación y espíritu de nuestro pueblo!

—¡Guerra santa! ¡Guerra santa! —Fue el clamor profundo, grave, que resonó como un eco en todo el templo, rebotando de muro en muro, de columna en columna y de bóveda en bóveda de la amplia mezquita.

Los Mullahs, de ese modo, aprobaban por unanimidad las palabras encendidas de su supremo jefe, el Gran Meshad, el Místico de Ahmadistán. Éste les calmó alzando sus brazos solemnemente, para añadir con voz profundamente emotiva y cargada de unción religiosa, casi fanática, con los ojos fulgurantes y rostro iluminado por sus convicciones:

—¡Escuchadme todos, hermanos! ¡En este grave momento de nuestra patria, de nuestra religión y de nuestro destino entre los pueblos del Islam, yo os pido una vez más serenidad y confianza en la fuerza de Alá, para que en la fecha suprema de la coronación, sea la mano misma de Alá la que señale con el dedo del estigma y del descrédito a esos monarcas que no supieron serlo para nuestro pueblo, y así, sin sangre ni violencias, los Mullahs se conviertan en los auténticos rectores de este país, y lo devuelvan a las sendas de donde nunca debió de salir! ¡Yo sé, porque Alá me ilumina en estos momentos, que el símbolo de nuestra patria y de su Corona perderá su brillo definitivamente, y al cubrirse sus plumas doradas con la oscuridad del fracaso, el pueblo podrá gritar al fin su voz de rebeldía contra su rey, y destronarlo justamente cuando vaya a empezar a gobernar! ¡Los Mullahs serán, después de esa coronación fracasada, los que alcen más arriba que nunca el símbolo de este pueblo y de este suelo, para que nunca más sea manipulado por extranjeros ni por intereses bastardos!

—¡No, nunca más! —gritaron los religiosos reunidos en la mezquita—. ¡Nunca, Gran Meshad! ¡Estamos contigo y esperaremos a que sea Alá quien decida!

Siguió un profundo silencio. El Místico Meshad inclinó su cabeza, sepultando la frondosa barba en su pecho.

—Oremos a Alá por ese momento que va a llegar —murmuró—. Y que se cumpla así su voluntad de justicia...

Las oraciones volvieron a llenar de murmullos el recinto sagrado, después, tras el solemne gesto de bendición del Mullah superior, todos fueron incorporándose y envolviéndose en sus túnicas y mantos, para dirigirse a la salida en ceremoniosa procesión. En la puerta recuperaron sus babuchas, saliendo a las oscuras callejuelas del barrio antiguo de Kashmar, para disgregarse en diferentes direcciones. El Místico Mullah se quedó solo en el recinto, orando ante las hornacinas y el Corán, en un recogido silencio.

Parecía, al menos, estar completamente solo. Pero no era así.

Más allá de las columnas cubiertas de grabados en lengua arábiga, una sombra se movía pegada a los oscuros muros de la mezquita de los Mullahs. Aparentemente, era uno de los líderes religiosos que asistieron a la clandestina conferencia allí celebrada contra la Corona.

Al menos, su turbante, su chilaba y sus pies desnudos, así lo parecían indicar. El rostro, apenas visible en la sombra, llevaba una poblada barba oscura, con hebras plateadas. En suma, nadie hubiera podido negar que se trataba de otro Mullah que, por razones desconocidas, se quedaba haciendo compañía a Meshad sin que éste supiera tal circunstancia.

Pero no era un Mullah. Ni siquiera era un árabe.

Su sombra, al proyectarse un momento en una pared, iluminada por una llama débil de una hornacina, produjo el efecto de ser la de un gran pájaro de alas desplegadas, volando silenciosa y astutamente en la oscuridad.

El Halcón había asistido a la conferencia de religión. Y el Halcón continuaba allí, deambulando por entre las numerosas columnas, su mirada fija en el Místico que oraba ante el Corán.

Sus ojos penetrantes estudiaban la encorvada figura del hombre que tanto poder podía desplegar en Ahmadistán, para enfrentarse incluso a la dinastía reinante, y teniendo en todo momento a su lado la lealtad de los demás líderes islámicos del país y, posiblemente, el apoyo de otros de Estados limítrofes, tan fanáticos como él mismo.

Pero todos esos problemas internos de un país que le era ajeno,

no le importaban demasiado al Halcón, ladrón de guante blanco y granuja internacional. El buscaba otras razones para su peligrosa incursión en territorio tan comprometido, en momentos en los que los Mullahs no hubieran dudado lo más mínimo en deshacerse de un extranjero que supiera demasiado sobre sus inminentes planes de poder.

Sabía el riesgo que corría permaneciendo en aquella mezquita, prohibida a los no musulmanes. Pero estaba buscando algo de mucho valor material y simbólico. Algo que justificaba aquella aventura arriesgada, sobre el filo mismo del peligro.

Un halcón también. Pero no humano. No un halcón que robe joyas en los grandes hoteles o en mansiones lujosas, y dinero en los grandes trasatlánticos o a bordo de un avión intercontinental, a individuos sin escrúpulos que traficaban con la vida humana o, cuando menos, con la salud de muchos seres y con la felicidad de otros, ya fuesen políticos corrompidos, traficantes de drogas, magnates entregados al juego sucio internacional y cosas por el estilo.

Esta vez, el Halcón buscaba a otro halcón. Uno de oro puro, que significaba mucho para un país, para un reino. Y, por tanto, para sus reyes y su pueblo. Un halcón valorado en dos millones de dólares.

Pero las vidas humanas que podían sacrificarse a causa de ese halcón de oro, eran infinitamente más valiosas que los dos millones de su valor real. Y todo ello hacía del desaparecido talismán y símbolo de la corona ahmadistana un objeto tremendamente apetecible para un hombre como el Halcón.

Rodeó el sigiloso personaje el altar circular donde Meshad rezaba ante el Corán. Sus ojos se fijaron en una puertecilla de metal cerrada, tras las columnas del fondo. Hubo un brillo en las pupilas que escudriñaban desde la zona de sombras del rostro masculino, bajo el turbante blanco de falso Mullah. A sus espaldas, el murmullo ronco de la oración de Meshad, era el mejor indicio de que nada tenía que temer por el momento.

Se aproximó a aquella puerta. Tantearon sus dedos, sensibles y ligeros, la cerradura de la misma. Parecía tradicional, como podía esperarse de un lugar como la mezquita vieja de Kashmar. La otra mano del Halcón hurgó entre los amplios pliegues de su chilaba,

para emerger empuñando un completo juego de llaves maestras de diversos estilos, desde la más vulgar a la más sofisticada. Todas iban cuidadosamente engrasadas. No produjo ruido al introducir dos de ellas en el orificio de la puerta.

La segunda resultó. Hubo un leve chasquido, que mantuvo rígido por unos momentos al intruso. Si Meshad lo había escuchado, era probable que fuese a averiguar la causa. Pero no era así.

El murmullo del rezo seguía sonando imperturbable, en un moncorde rosario de palabras arábigas casi indescifrables para él a pesar de su conocimiento de la lengua árabe.

Prosiguió su tarea en el punto exacto en que la había dejado para adoptar precauciones. Empujó ligeramente la puerta, temiendo que sus goznes chirriasen. No fue así. De todos modos, de entre sus ropas extrajo un delgado tubo metálico del que vertió algo denso y viscoso en las bisagras de la puerta. Era una grasa especial, altamente lubricante en sólo un par de segundos, por oxidados que estuvieran los metales. Al abrir lo suficiente la puertecilla de metal, no produjo el más leve roce. Penetró con rapidez en una zona de profunda oscuridad, y ajustó la puerta tras de sí, sin cerrarla del todo.

Se aplicó unas lentillas de vidrio infrarrojo, y encendió una delgada lámpara con esa clase de luz, como habitualmente hacía en sus correrías nocturnas, la invisible claridad infrarroja le reveló la presencia de una especie de almacén de objetos religiosos, lámparas, velones, ropajes de ceremonia, libros de salmos y todo lo que un místico podía necesitar para sus ceremonias. Nada de todo aquello interesaba al Halcón, que no tenía el propósito de profanar ninguna pertenencia religiosa de los Mullahs. Respetaba demasiado las creencias ajenas como para llegar a algo así.

Lo que él buscaba, no formaba parte de religión ni creencia alguna. Era un simple ídolo, a fin de cuentas. Como el vellocino bíblico, pero simbolizando esta vez la continuidad de una dinastía real.

Y eso, ciertamente, no estaba entre aquellos objetos que su mirada recorría con atención escrupulosa. De pronto, sus ojos se clavaron en el muro situado al fondo, y cubierto en toda su extensión por una gruesa cortina negra de paño. Rodeó la heterogénea aglomeración de objetos de culto, y tiró de la cortina,

llevado por un especial impulso.

Retrocedió dos pasos, sorprendido.

La luz infrarroja estaba hiriendo con destellos cárdenos la superficie dorada de un halcón colgado del muro.

El Halcón de Plumas de Oro estaba allí.

* * *

Fácil. Demasiado fácil, pensó el Halcón con sorpresa aún no vencida.

Por naturaleza, desconfiaba de las cosas excesivamente sencillas. No es que llegar a una cámara cerrada, en la parte posterior de una mezquita prohibida a los cristianos, fuese precisamente sencillo, ni aquél un lugar de fácil acceso. Pero había pensado que encontrar la reliquia monárquica de Ahmadistán iba a ser tarea mucho más laboriosa y compleja.

Tal vez por esa razón, el intruso se aproximó al ave de oro, la estudió muy de cerca y, con súbita sospecha, extrajo de sus ropas otro objeto que manipuló cuidadosamente. Era un tubo de plástico con algo denso en su interior. Lo destapó, derramando unas gotas en uno de los extremos de las alas desplegadas del halcón dorado.

Esperó solamente unos segundos, muy pocos. Luego, sus ojos contemplaron el resultado de la prueba con un destello de astucia y entendimiento.

La superficie dorada del pájaro empezó a derretirse como si fuese simple purpurina.

Debajo, asomó una materia oscura, de un gris plumizo.

—No es oro —jadeó sordamente el Halcón—. Este pájaro también es *falso*...

Se encendió la luz eléctrica, cegándole por su súbita aparición.

Una fría voz dijo a sus espaldas:

—Creo que acabo de sorprender a un espía del rey, ¿no es cierto?

Se habían expresado en árabe. Giró la cabeza, sobresaltado, sin tiempo para hacer cosa alguna. Tampoco hubiera conseguido nada, salvo correr un riesgo mortal, en el caso de haber hecho la prueba, porque le estaban amenazando con un enorme sable curvado, que al menor movimiento suyo hubiera podido cercenarle limpiamente la

cabeza.

El que le sorprendiera no era el Mullah Meshad, como temiera en un principio, sino un árabe flaco y afeitado, de ojos estrechos, vestido con un negro ropaje amplio.

—¿Quién es usted? —preguntó el Halcón en la misma lengua.

—Vaya, eso debería ser yo quien lo preguntara —sonrió malévolamente el otro, haciendo un gesto amenazador con la cimitarra—. Ni siquiera eres uno de nosotros. No eres árabe. ¡Eres un maldito cristiano! Esto te costará la vida, te lo aseguro.

El Halcón no podía hacer nada frente a aquel individuo en cuyos estrechos y fríos ojos negros leía el deseo de castigar duramente al intruso. El flaco musulmán parecía muy rápido de movimientos. Estaba seguro de que le bastaría un hábil juego de brazo y muñeca para decapitarle en el acto.

—Soy solamente un ladrón —suspiró Tracy Fox, sacudiendo la cabeza—. Lamento haber profanado un templo. Buscaba algo de valor aquí, y pensé que ese pájaro lo era.

Pero me he equivocado. No es de oro. No vale nada.

—¡Cierra el pico, infiel! —rugió el árabe. Luego, levantó la voz dando un grito agudo al llamar—: ¡Meshad, mi señor! ¡Aquí, pronto!

Y le estudió receloso, en guardia, dispuesto a manejar aquel temible acero contra él a la menor oportunidad favorable a sus deseos. Tracy Fox no se la concedió, limitándose a permanecer quieto, junto al falso halcón de plumas doradas.

Momentos más tarde, majestuoso, ancho y corpulento, el barbudo Mullah aparecía en la cámara, contemplando con sorpresa al intruso. Miró a su criado, preguntándole con rápido lenguaje qué es lo que sucedía allí. El otro se lo contó. Meshad avanzó hacia Fox, con expresión furiosa, y le arrancó de un tirón la barba postiza, contemplando torvamente el rostro cubierto de maquillaje oscuro, las falsas cejas, la caracterización que aún deformaba considerablemente las facciones del Halcón.

—Un occidental... —jadeó—. Un espía...

—Ya le dije a su hombre lo que soy: vine a robar, eso es todo...

—Hable cuando se le pregunte —le cortó, glacial, el religioso, apretando los labios con ira. Miró al animal alado, observó la huella del ácido probado en un ala, y se mordió el labio inferior,

escudriñando a Fox—. Es muy listo, ¿verdad? Pudo burlar la vigilancia de la mezquita, introduciéndose aquí durante la conferencia religiosa. Sin duda habla bien nuestra lengua y la entiende.

—Así es, mi señor —se apresuró a afirmar su ayudante—. Me habló en árabe.

—¿Quién es usted? —le preguntó, tajante.

—Ya se lo dije: un ladrón.

—¿Su nombre?

—John... John Scott —dijo con rapidez Tracy.

—Miente —le cortó el árabe—. Es un nombre fácil en su lengua. Mentir puede costarle la vida.

—¿Y decir la verdad?

—Lo mismo —el religioso se encogió de hombros, sin ocultar la cruda realidad a su prisionero—. Sabe demasiado. Asistió a la reunión de Mullahs.

—Le aseguro que no me preocupó lo que hablaban. Yo buscaba lo mío...

—Es posible que sea cierto, o es posible que no. El coronel Del Azir está enviando espías por toda la ciudad para sorprendernos y podernos acusar de alta traición. Sería bueno para él que nos ejecutaran a todos los religiosos. Pero ignoraba que hubiesen llegado a contratar agentes de la CIA o de la KGB.

—¡Yo no soy agente ruso ni americano! —protestó Fox—. Sólo soy un ladrón, ya lo dije...

—Me tiene sin cuidado lo que sea. De todos modos, debe morir. No puedo correr el riesgo de que nuestro plan se venga abajo porque usted revele lo que vio y oyó aquí esta noche. Señor «John Scott», no necesita revelarme nada de cuanto sabe. Me conformo con saber que no existe y no puede molestarnos. Abderramán, mávalo.

—Sí, mi señor —afirmó su siervo, con un centelleo gozoso en sus negros ojos.

Con un movimiento airoso de sus ropajes, Meshad dio media vuelta, dirigiéndose hacia la salida de la cámara, dispuesto a no presenciar algo que, sin duda, hería su sensibilidad, aunque las circunstancias le obligasen a ser cruel.

Tracy Fox supo que, en cuanto la puerta se cerrase tras el

Mullah, el fiel Abderramán le degollaría sin piedad.

Lo que había que hacer tenía que ser ahora mismo. O no hacerlo nunca.

Aun así, sabía que su vida no valía nada en estos momentos. Por eso precisamente se lo jugó todo a una sola carta.

CAPÍTULO V

Su poderoso, brusco salto, sorprendió al propio Abderramán que, una décima de segundo después de haberse puesto Fox en movimiento, alzó su alfanje para descargarlo sobre el infiel.

Pero tuvo que detener su impulso mortífero, porque el visitante nocturno había caído sobre las anchas espaldas del Mullah, aferrándole con energía para girarlo otra vez hacia su subordinado, y quedando él detrás, con el religioso como viviente escudo.

—¡No quisiera hacer esto, pero me obligan a ello! —Silabeó Tracy, sujetando con fiereza al Mullah, que forcejeó unos momentos, revelando poseer unas fuerzas poco comunes, aunque Fox ya había tomado sus precauciones previamente, haciendo una presa que imposibilitara la liberación de su adversario—. Vamos, suelte esa arma, o mataré a su amo, Abderramán. Puedo hacerlo fácilmente, y él lo sabe.

Era cierto. Una de sus manos sujetaba férreamente el cuello del religioso. La presión brusca de sus dedos sobre la garganta del Mullah, podía romper la nuez de éste, del mismo modo que podía descargarle un golpe seco en ese punto, con idénticos resultados.

Meshad miró turbiamente a su subordinado, comprendiendo lo que su captor daba a entender, apenas notó el incremento de la ruda presión de los dedos de su enemigo en la garganta.

—Obedece, Abderramán... —jadeó, con voz ronca por la presión brutal que Fox ejercía ya en su cuello—. Obedece... o este infiel me romperá el cuello... Es muy fuerte y sabe lo que hace.

—Pero señor, yo...

—Hazle caso, Abderramán. No hay otro modo. Ya caeremos algún día sobre él. Y pagará por lo que está haciendo. Tira el arma.

La espada curva golpeó sordamente el suelo. Fox sonrió

duramente, retrocediendo con su escudo protector siempre ante sí. Llevaba una pistola bajo sus ropajes, pero no intentó extraerla. Tenía que dedicar sus dos brazos al empeño de retener contra sí al Mullah.

Aquel hombre era extraordinariamente fuerte y ágil. Darle la menor oportunidad de liberarse, podía ser funesto para él.

—Abra la puerta, Abderramán —ordenó Fox, siempre dominando a su cautivo—. Y aléjese de ella lo más posible cuando yo vaya a pasar con mi rehén, ¿está claro?

El árabe asintió sombríamente, con una mirada de odio profundo que no presagiaba nada bueno para Fox, si éste daba un solo paso en falso y perdía su oportunidad.

Abrió la puerta metálica, apartándose lentamente, agazapado, como a la espera de su ocasión. Fox pisó el exterior de la mezquita, entre las columnas y las luces de las hornacinas. Las pisadas de ambos, pese a ir descalzo el Mullah y él con unos chanclos de goma ajustados a sus pies, sonaron huecamente en el recinto de altas bóvedas. Siempre reculando, paso a paso, con sus brazos abarcando al Mullah por la garganta y la cintura, fue alejándose de la puerta metálica y de Abderramán que, con mirada maligna, se veía obligado a irse quedando atrás, ante la amenaza de que su amo pudiera ser asfixiado o su garganta aplastada y rota por la dureza agresiva del intruso.

Así, paulatinamente, llegó Tracy Fox con su cautivo hasta la puerta misma de la mezquita, cerrada en estos momentos. En esta ocasión, tuvo que arriesgarse, aprovechándose de la lejanía prudencial del peligroso Abderramán.

Apretó con fuerza la garganta de su prisionero, y éste tartajeó, sintiéndose ahogado.

Abderramán se movió, con un gesto homicida, pensando que iba a matar a su amo y señor. Pero Fox aprovechó ese instante de dolor del Mullah, para saltar atrás, y empuñar su automática, con la que encañonó a los dos árabes, mientras la otra mano hacía girar la llave en la puerta, hasta descorrer el doble cerrojo de seguridad que atrancaba la entrada al templo.

—Ahora permanezcan aquí, sin perseguirme, si no quieren que haga fuego sobre los dos —silabeó Fox, ya con un pie en la acera exterior, fuera del recinto sagrado—. No quiero causar daño a nadie

ni mi propósito era profanar este templo. Como les dije, soy un simple ladrón de tesoros ajenos. Ahí tienen mi tarjeta. Pero lamento que su halcón dorado no valga ni un centavo, amigos. Lo que me pregunto es para qué lo tienen ahí... a menos que estén pensando en robar el legítimo y suplantarlos por ese objeto de metal vulgar... Buenas noches, amigos.

Se alejó velozmente en la noche, desapareciendo en el oscuro dédalo de callejuelas.

Con un rugido, Abderramán corrió a recuperar su sable. El Mullah Meshad le detuvo con un gesto y una orden enérgica:

—¡Quieto, Abderramán! Deja que escape —se inclinó, recogiendo una pequeña cartulina rectangular del suelo—. No quiero más violencias esta noche.

—Pero mi señor, él profanó este templo, causó daño a vuestra persona...

—Déjale que marche. Creo que si hubiera querido, nos hubiese matado a ambos. Quizá dijo la verdad y sea solamente un ladrón. No me gustaba la idea de verter sangre. Ha sido mejor así.

—Mi señor, yo...

—Está decidido. Olvídate de todo eso —leyó la tarjeta de visita que dejara caer su visitante al marcharse—. Es curioso... El Halcón, dice aquí. Un halcón quiso robar otro halcón... Y tenía razón él. Supo que nuestro halcón no vale nada, del mismo modo que imaginó para qué lo tenemos ahí... Ese Halcón es muy listo. Mucho... Lástima que no sea uno de los nuestros.

Entró en la mezquita. Las puertas se cerraron en la noche. Allá, en el laberinto de callejuelas del barrio antiguo de Kashmar, un pájaro nocturno volvía a su nido.

Pero regresaba con el pico vacío. Esta vez, la cacería había fracasado.

* * *

—Fracasado...

—Sí, coronel. Fracaso absoluto —asintió Tracy Fox apaciblemente—. Es cierto que los Mullahs del Místico Meshad tienen un halcón de oro. Pero vale tanto como el suyo.

—¿Qué puede significar eso?

—Sencillamente, que ellos también tienen previsto robar el auténtico y suplantarlo con el falso para hundir a la Corona en el día mismo de la subida al trono del príncipe Jaleb.

Sólo que han llegado tarde, y alguien se les adelantó.

—De modo que Meshad no es el ladrón del halcón de oro...

—No, no puede serlo, o carecería de objeto tener guardado tan celosamente en su mezquita uno falso. Eso le deja libre de sospechas. Los Mullahs son, ciertamente, enemigos de la Corona y de la política pro-occidental de ésta, como lo serían de una política pro-oriental, por lo que he visto. Son pura y simplemente fanáticos religiosos que desean un gobierno basado en la fe y en el aislamiento islámico. Pero eso no es contarle nada nuevo, coronel. Son problemas suyos que no puedo yo resolver. Mi misión se limita a encontrar y recuperar el verdadero halcón dorado, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto —suspiró el militar—. Pero si los Mullahs son inocentes, ¿quién más nos queda?

—Hay todavía dos posibilidades, recuérdelo, coronel: los que sirven a intereses extranjeros no compatibles con la voluntad del futuro rey, y las ambiciones del príncipe rebelde, Islal, para cambiar la dinastía reinante en Ahmadistán.

—Pero el príncipe está ahora exiliado en un emirato cercano... Si fue él, ese halcón tendría que haber cruzado nuestras fronteras.

—Tal vez sí, o tal vez no. Alguien leal al príncipe Islal pudo ocultar aquí mismo, en esta ciudad, el halcón auténtico, por orden de su amo, esperando acontecimientos para que regrese Islal y luche por el poder.

—Si los Mullahs son inocentes de ese robo, va a serle muy difícil dar con el halcón de oro. Fox.

—Lo sé —asintió el joven turista americano. Luego sonrió con aire apacible—. Pero las dificultades son lo que más me gusta, coronel...

Se detuvo, al entrar los personajes reales en la estancia del palacio donde hablaba ahora con el jefe de los servicios de seguridad de la Corona. Púsose en pie, respetuoso, y se inclinó ante el príncipe Jaleb, su prometida, Diznarda, y el regente y tío del joven príncipe, Abdul Imsar, que sonrió cordialmente al visitante.

—No, por favor, nada de reverencias ni protocolos ahora, señor Fox —le pidió el regente con expresión de simpatía—. Usted es algo

más que un simple visitante en este recinto. Confiamos en usted como amigo y aliado en momentos tan difíciles para esta corona que ya empezaba a pesarme tanto en las sienes, y que ahora, con la mayoría de edad de mi sobrino, todavía se vuelve más pesada para todos, en tanto no aparezca ese halcón.

—Le comprendo muy bien, señor —asintió Fox—. ¿No pensaron en la posibilidad de encargar uno verdadero, de oro puro, para tal ocasión?

—Es imposible llegar a tiempo —negó el joven príncipe, acercándose a él—. Mi tío y yo, lo hemos hablado en su momento con el coronel. El orfebre capaz de hacer una copia exacta en oro, tardaba no menos de dos semanas en su obra, y reside fuera de Ahmadistán. Antes de veinte días no lo tendríamos a punto. Demasiado tarde, como ve.

—¿No se puede buscar un pretexto para aplazar la ceremonia de coronación?

—No —suspiró el regente Imsar—. Desgraciadamente, nadie lo creería. Las leyes de Ahmadistán exigen que la coronación sea inaplazable, y caso de enfermedad del monarca futuro, sea coronado en su lecho, en presencia del pueblo y de los testigos de ritual. La ceremonia del halcón no queda excluida de ese protocolo.

—Como ve, es un callejón sin salida —sonrió tristemente el joven príncipe—. Mi tío y el coronel Del Azir ya me han contado su hazaña en la mezquita de los Mullahs. ¡Lástima que no diera resultado!

—No tuvo nada de hazaña. Alteza —se lamentó Tracy Fox—. Lo ideal hubiera sido recuperar el auténtico halcón. Pero esos religiosos saben de su paradero tanto como nosotros, según imagino.

—¿Va a intentarlo de nuevo? —sugirió Diznarda con suave y dulce voz, clavando en Fox sus ojos negrísimos, grandes y profundos.

—Sí, Alteza —asintió Fox—. Voy a intentarlo, sea como fuere. Todavía no sé cómo ni dónde. Pero el Halcón volará de nuevo, en busca de otro halcón.

—Tenga cuidado, Fox —le advirtió el príncipe con vivo interés—. Su vida puede correr grave riesgo en todo momento. Hay mucho en juego en estos instantes, y el fin justifica los medios para ciertas

personas.

—No me sorprenderán en ese terreno. Alteza —rió Fox irónicamente—. Iremos de pillo a pillo, sea quien fuere mi adversario.

—Confiamos ciegamente en usted, señor Fox —dijo el príncipe regente, apoyando su enjoyada mano en el hombro de Fox—. Sé que el día de la Coronación, aunque sea como en un milagro, usted habrá restituido esa figura de oro a su primitivo lugar. No me pregunte cómo puedo estar tan seguro. Lo sé, eso es todo, amigo mío. Y ese día, no sólo haré feliz a mi sobrino para iniciar en paz y prosperidad su largo reinado, sino a su bella prometida Diznarda y a mí, que dejaré en las mejores manos del mundo esta corona que, por obligación de mi parentesco y edad tuve que llevar estos años difíciles y duros en el destino de nuestro pueblo.

—Gracias, señor —dijo Tracy solemnemente, mirando al noble rostro del príncipe regente, Abdul Imsar—. Yo no estoy tan seguro de mi éxito como usted, pero le aseguro que haré lo imposible porque todo eso se haga pronto realidad...

* * *

—Sus ausencias son muy misteriosas, amigo Fox. ¿Dónde se metió esta vez? No pude dar con usted anoche ni esta mañana, por mucho que lo intenté.

—Me halaga que me buscara usted, señorita Harris —sonrió Tracy Fox galantemente—. ¿Cuál era el motivo de ese interés por mi persona?

—Oh, ninguno en particular. Sólo charlar con una persona inteligente y de fácil palabra, si he de serle sincera.

—Oh, empiezo a sentirme realmente turbado con tanto elogio —rió Fox—. Creí que todas sus hermosas palabras las guardaba para su adorado y misterioso Halcón.

—Oh, pues éste sería un buen momento para hacerlo. ¿Sabe que ha devuelto las joyas robadas a los McCullen?

—¿De veras? —Fox enarcó las cejas—. Es decepcionante.

—¿Por qué? —indagó Wanda Harris, curiosa.

—Porque los McCullen no me caen nada bien.

—A mí tampoco —ella soltó una breve y risueña carcajada—.

Pero lo cierto es que así nos evitamos todos muchos problemas con las autoridades locales. La policía de Ahmadistán se siente muy satisfecha de que el ladrón haya devuelto su botín tan misteriosamente como lo robó.

—Empieza a parecerme casi auténtica su leyenda del ladrón romántico y todo eso.

Devolver hoy en día una fortuna así en joyas, es casi de cuento de hadas.

—Imagino que el Halcón no quiso causarnos dificultades a los demás. Eso le prueba que es un verdadero encanto.

—O un tipo astuto, que temía verse descubierto y no arriesgó nada —comentó Fox, escéptico, sacudiendo la cabeza—. Hay que ver los dos aspectos de la cuestión, no solamente el romántico y color de rosa.

—Es usted incorregible, señor Fox —se irritó la joven periodista inglesa—. Todo lo logra estropear con su condenado sentido práctico de la vida, tan americano.

—Acostumbra a darnos buenos resultados tener ese sentido, señorita Harris. Mientras el Imperio Británico es ya puro recuerdo, nosotros somos una gran potencia mundial.

Curioso, ¿no?

—¡Oh, a veces le detesto tanto, que ni siquiera comprendo por qué hablo con usted, engreído yanqui! —protestó la joven periodista, apartándose de Fox en el bar del hotel con aire indignado—. Creo que me está bien empleado por hablar con pieles-rojas...

Se alejó, airada, mientras Fox reía suavemente, viéndola partir. Admiró el contoneo de sus caderas y la belleza de sus bien formadas piernas. Luego meneó la cabeza, dedicando su atención a su martini.

—La inglesita tiene mal genio —murmuró—. Pero es encantadora. Lástima que no pueda dedicarme por entero a ella, en vez de a ese maldito pajarraco...

De repente, la copa que llevaba a sus labios vibró, derramándose parte de su contenido. Tembló todo el hotel, hasta sus cimientos, y numerosas vidrieras saltaron en pedazos, provocando el pánico y agudos gritos de terror y sorpresa en sus ocupantes.

—¡Es un terremoto! ¡Un terremoto! —gritó alguien,

despavorido, mientras la gente corría en todas direcciones, sin orden ni concierto.

—No, no es un terremoto —rechazó uno de los camareros, mirando a Tracy Fox con expresión de alarma—. Creo que ha sido una potente explosión en alguna parte de la ciudad... ¡Mire! ¡Hay una humareda en el palacio real, señor!

Era cierto. Por uno de los destrozados ventanales del hotel, el barman le señalaba hacia el emplazamiento del palacio, donde el humo denso comenzaba a elevarse, y la gente corría igualmente despavorida por las calles de Kashmar.

Tracy Fox lanzó una sorda imprecación y corrió presuroso hacia el exterior, dejando olvidado su martini y todo lo demás. Fugazmente, de reojo, pudo ver cómo Wanda Harris, cámara en mano, corría asimismo hacia la calle, dispuesta a filmar el reportaje del suceso.

Apenas pisó Fox la acera, descubrió la presencia de veloces *jeeps* de la policía militar, tomando posiciones en las calles cercanas al palacio, hasta formar un denso cordón de seguridad en torno a esa zona. Fox llevaba consigo un salvoconducto especial del coronel Del Azir que podía servirle para franquear el paso incluso en circunstancias de emergencia, por lo que no dudó en seguir adelante, contra la dirección que ahora seguía la multitud curiosa, asustada por la presencia de vehículos militares y de soldados armados de fusiles ametralladoras y casco de acero.

Por una esquina, emergió una tanqueta del Ejército ahmadistano, para apoyar la maniobra protectora de las fuerzas militares. Un suboficial puso el subfusil ante Fox, sin contemplaciones, invitándole con voz ronca, en aceptable inglés:

—Por favor, señor, atrás. No se puede pasar. Ordenes tajantes para todos. Vuelva al hotel, señor.

—Llevo salvoconducto especial —dijo Fox, mostrando al suboficial el documento firmado por el coronel—. Deseo saber lo sucedido.

—Oh, perdone —saludó militarmente al ver el salvoconducto—. No podía saberlo, señor. Puede usted pasar, pero no le aconsejo que lo haga, por si alguno de nuestros soldados sufre una equivocación lamentable al verle de lejos. Han puesto una bomba en palacio, y hay muchos muertos y heridos. Las tropas andan algo excitadas en

esta situación, compréndalo.

—Comprendo. —Fox apretó los labios—. ¿Y la familia real? ¿Se sabe algo?

—Sí. Por fortuna, todos salieron ilesos, señor... ¿Va a pasar?

—No. Tiene usted razón. No vale la pena correr riesgos en un momento así. Comprendo cómo deben sentirse...

Retrocedió, mientras observaba cómo Wanda Harris era interceptada por unos soldados y un oficial que la obligaban a volver al hotel tras las protestas airadas de la joven reporter británica.

La gente se apiñaba en torno al cerco de la guardia montada en la zona del siniestro, contemplando la humareda del palacio e intercambiando comentarios excitados unos con otros. Fox se mezcló entre ellos, abriéndose paso hacia la amplia acera situada delante del hotel, bajo cuya marquesina se arremolinaban ahora centenares de nativos, mezclándose con los huéspedes del establecimiento.

Tracy Fox se dispuso a entrar en el local, a la espera de una oportunidad más favorable y menos arriesgada de visitar de nuevo el palacio, para interesarse por los miembros de la familia real y por las víctimas del nuevo atentado.

Estaba detenido junto a un automóvil color marfil, de matrícula local, mirando la nube de negro y espeso humo que coronaba los minaretes lejanos del palacio real, cuando notó la dura y fría presión en sus riñones, a través del liviano tejido de su americana de hilo.

—Cuidado —silabeó una voz ronca junto a su oído—. Ni un gesto, ni un movimiento, ni una voz o es hombre muerto. Lo que tiene contra su espalda no es ningún juguete, créame.

Y además lleva silenciador. Si le atraviesa una bala aquí mismo, nadie va a enterarse, señor Fox.

Se puso rígido. Parecía imposible. Allí, a plena luz, rodeado de gente, y con todos los efectivos policiales y militares de la capital desplegados a pocas yardas de él, estaba siendo secuestrado por alguien.

La presión en la espalda aumentó. Algo cilíndrico y rígido le hizo daño en ese punto. Era un movimiento apremiante, autoritario.

—¿Qué debo hacer? —Silabeó, sin moverse.

—Subir a este coche color marfil. Con naturalidad. Con calma. Sin llamar la atención de nadie, recuérdelo bien. No quisiera dejar un cadáver aquí. Le necesito vivo con mucho más interés, pero eso es usted quien debe decidirlo...

La decisión ya la tenía tomada. Era obvio que nadie podría ayudarle en este trance. Ni podía llamar la atención de la policía militar, ni esperar que los nativos que le rodeaban, interesados todos ellos en el incendio del palacio, se fijaran siquiera en su situación actual. Y aunque alguien lo notase, lo único que podría hacer es aumentar su riesgo.

—Está bien —dijo—. Obedezco. No se precipite, amigo.

Se inclinó. Abrieron la portezuela del coche. Entró en él. Inmediatamente, se cerró esa portezuela. Un individuo iba sentado junto a él. Vestía de blanco, y tenía la piel cetrina, pero no parecía de raza árabe. El de la pistola con silenciador ocultó ésta rápidamente bajo su chaqueta y se sentó junto al chófer, que sí era de raza árabe aunque vestía a la moda occidental, sin fez ni turbante. Otra pistola, esta vez en manos de su vecino de asiento, se hincó en su abdomen amenazadora. Iba provista, asimismo, de tubo silenciador.

—Vamos —dijo el de delante al chófer.

Éste arrancó inmediatamente, alejándose del hotel con rapidez, en dirección contraria al cerco policial, por lo que nadie pensó en molestar a sus ocupantes para nada.

Rodaron hacia el sur de la ciudad, a marcha reducida. Tracy Fox clavó sus ojos en la automática del otro. Luego, le miró a él. Tenía ojos oscuros/y fríos como los de un reptil y facciones afiladas y tristes. Le sonrió, pese a todo, con ironía.

—¿Va cómodo, señor Fox? —preguntó.

—No del todo —negó Tracy fríamente—. No me gusta que me pongan esas cosas en el vientre. ¿Por qué no se guarda la artillería, amigo?

—Porque podría darle una mala idea y tratar de saltar en marcha o cosa parecida. Por pronto que actúe, mi arma será mucho más rápida, no lo dude.

—¿Qué pretenden conmigo? ¿Un rescate valioso para devolverme? Si es así, se equivocaron de persona. No soy ninguno de los millonarios que viven en este hotel. Sólo soy un turista

americano.

—Un turista muy especial... señor Halcón —dijo glacialmente el hombre sentado junto al chófer, volviéndose hacia él con expresión sarcástica.

Tracy Fox le contempló, dominando sus emociones, con total frialdad en su gesto y en sus actos. Se trataba de un hombre pálido, rubio y de ojos azules, clarísimos y sin expresión. El cabello, ralo y escaso, le barría la abombada frente con un mechón lacio. Le resultó sumamente desagradable desde un principio.

—Temo no entenderles —dijo con sequedad.

—Pues está bien claro, amigo —rió el tipo rubio—. Usted es el Halcón, no lo niegue. Un ladrón famoso en el mundo. Pero ha sido visto demasiadas veces en el palacio real de Kashmar y en la oficina del coronel Del Azir, el jefe de los servicios de Inteligencia de Ahmadistán. Eso no nos gusta demasiado.

—¿A quiénes no le gusta?

—A nosotros. Y a quien nos envía. Hoy hemos puesto esa bomba en el palacio. El otro día fue el fallido atentado contra el Príncipe. En ambas ocasiones hemos fallado, pero habrá otras. No queremos que un agente extranjero al servicio de la Corona ponga dificultades a nuestra labor.

—Yo no soy agente de nadie.

—Quizá. Pero está trabajando para la familia real y para el Gobierno de Ahmadistán en estos momentos —dijo su compañero de asiento, presionando con mayor fuerza la pistola en su abdomen—. Alguien quiere hablar con usted sobre todo eso y algo más.

—¿Quién?

—No pregunte demasiado. Lo sabrá en su momento.

—No tengo nada que decir.

—Peor para usted. Si no responde a ciertas preguntas, su vida no valdrá nada. Recuerde que tiene que ser totalmente sincero si quiere salir vivo de ésta. Sincero en todo. Incluso en lo que más nos interesa.

—¿Y qué es eso que tanto les interesa?

El rubio desagradable se volvió, con una sonrisa perversa en sus delgados labios.

—El halcón de oro, señor ladrón —dijo—. El halcón que tiene usted en su poder ahora.

CAPÍTULO VI

Era un hombre singular.

Piel aceitunada, ojos rasgados, pelo negro grasiento, movimientos suaves, ademanes untuosos, labios gruesos que sonreían con una mezcla de ironía y crueldad, elegantes ropas color *beige* con corbata de vivos colores, y una figura enjuta, no muy alta, que parecía hecha de pura fibra. Fumaba un largo cigarrillo en una boquilla de plata y ámbar, propia de los años veinte.

A su lado, se hallaba ella.

Era una hembra increíble. Hermosísima, seductora, puro sexo, fuego en los ojos exóticos, breve nariz, boca carnosa y sensual, senos erguidos y poderosos, rotundas caderas y largas piernas. Un vestido ceñido, de color negro y oro, envolvía aquella anatomía, ciñéndose a sus espléndidas curvas.

Parecía un gato ronroneante, tendida en un sofá, junto al tipo de facciones eurásicas.

Eran sus anfitriones en aquella forzada visita. Les contempló con fijeza, mientras ellos hacían lo propio.

—De modo que el Halcón en persona... —rió el eurásico jovialmente.

—Le informaron mal —dijo el americano con sequedad—. Soy Tracy Fox, turista de los Estados Unidos. No tengo nada que ver con ningún ladrón famoso.

—Miente bien, pero no puede engañarme. Yo sé que usted es el Halcón, Fox —dijo suavemente el eurásico—. Nuestros servicios de Inteligencia son mucho más perfectos y capacitados que la policía de los países donde burla usted las leyes robando todo cuanto haya de valor.

—¿Qué servicios de Inteligencia?

—Eso no le importa demasiado. Trabajo para una potencia extranjera que no hay por qué mencionar aquí, Fox. Si está en nuestra presencia ahora, es porque sé que tiene usted el Halcón de las Plumas de Oro, el símbolo de la dinastía de los Shammar en Ahmadistán.

—Usted sueña con halcones, evidentemente, señor mío —replicó glacialmente Fox, permitiéndose una mueca de burla. No sé de qué me habla.

—¿No? —Los ojos del eurásico brillaron—. Escuche, Fox. Nadie se burla de Leo Zardoyan. Y menos aún con dos millones de dólares de oro y piedras preciosas en juego.

Usted tiene ese halcón. Está jugando a dos o tres barajas, tiene que confesarlo. No le haremos daño, pero debe cooperar. Si nos entrega ese halcón de oro, salvará su vida y recibirá una suma importante de dinero. Las personas que me pagan desean tener ese halcón y, de paso, derrocar el régimen actual de este país. Usted puede conseguir ambas cosas a buen precio.

—Me empieza a cansar este juego, señor Zardoyan. Ni sé nada de ese halcón, ni puedo ayudarle en cosa alguna. Ya le dije que sólo soy un turista.

—¿Con permiso especial para entrar y salir del palacio real y para tener amistad personal con los propios miembros de la familia? —rió Zardoyan sarcástico. Vamos, vamos, amigo Fox, no me crea tan ingenuo.

—¿Quién diablos le ha dicho esa tontería de que yo tengo amistad con la familia real?

—Yo, señor Fox —dijo una voz suave y fría, procedente de otro punto de la estancia—. Espero que comprenda ahora que tiene que hablar claro y sin rodeos...

Tracy miró en esa dirección. Se llevó una sorpresa. El que le acusaba directamente, era alguien que acababa de entrar en la estancia y parecía gozar de la confianza del eurásico Zardoyan.

Se trataba de Selim, el jefe de la guardia real. El mismo que acribillara con su metralleta a los tres agresores en el palacio real, tras el fallido atentado contra el príncipe Jaleb.

—Como ve, todo es inútil, Fox. Selim es un fiel servidor nuestro, un leal colaborador infiltrado en la propia guardia personal del príncipe. El ha espiado suficientes conversaciones entre usted y los miembros de la familia real o el coronel Del Azir, para saber qué clase de pájaro es usted.

—Entonces sabrá que estoy buscando el halón de oro, no que lo posea yo, como imagina, Zardoyan. Difícilmente puedo entregar algo que soy el más interesado en encontrar.

—Ya le dije que juega a dos barajas, si no a tres. Es demasiado listo para admitir que el halcón está en sus manos. Tal vez piensa devolverlo a la Corona, a cambio de un fabuloso premio a su sagacidad, salvando así la dinastía de los Shammar. Pero nosotros, además de querer ese halcón por motivos puramente económicos, deseamos a la vez hundir a la Corona. De modo que necesitamos ese halcón para llevárnoslo del país, no para devolverlo a sus propietarios por un rescate cualquiera. Cuando el pueblo vea que el halcón ya no es el auténtico, la rebelión de las turbas descontentas y de los agitadores especializados no tendrán freno posible.

—Y Ahmadistán será un pozo de sangre y destrucción —dijo Fox duramente—. ¿Es eso lo que quieren?

—Nos tiene sin cuidado la sangre que corra, si es en beneficio nuestro y de los que nos pagan —rió Zardoyan con sarcasmo—. Denos ese halcón, y usted ganará una fortuna limpiamente. Ésa es mi oferta, Fox.

—Usted nunca cumpliría esa oferta. Es más, piensa asesinarme en cuanto posea el halcón de oro.

—¿Por qué dice eso? —Centellearon los ojos de Zardoyan peligrosamente.

—Porque me ha permitido saber que Selim es su hombre infiltrado en palacio, el traidor que le informa y apoya a los enemigos del príncipe. Por eso Selim exterminó a todos los fracasados agresores. Así se evitaban posibles problemas. Los muertos no hablan. Yo tampoco podría decir a nadie que Selim es su esbirro en palacio. No, Zardoyan.

Esta vez jugó mal sus bazas. No voy a colaborar para morir después.

—¡No sea necio! —bramó Zardoyan, acercándose a él y hablando en voz baja—: Selim dejará pronto de ser valioso. Será él

la víctima, no usted, Fox...

—No va a convencerme —rió Tracy con aspereza—. Seríamos dos las víctimas. Usted no se para en minucias, sé la clase de hombre que es. Rotundamente, Zardoyan, mi respuesta es no. Tenga o no tenga el halcón de oro, moriré sin que usted lo sepa. Es mi decisión inquebrantable.

—Muy bien... —Pálido, el eurásico retrocedió, mirándole colérico—. Usted lo ha querido, Fox. Será como desea. Morirá esta misma noche. Tiene todavía unas horas para decidirse. Si sigue pensando igual, será eliminado y arrojado su cadáver en una calle de la capital, para que el coronel Del Azir y el príncipe Jaleb sepan que su causa está definitivamente perdida. Y tenga o no tenga usted el halcón de oro, yo lo encontraré. ¡Será mío!

Nunca he dejado de poseer lo que anhelo, sea lo que sea, Fox. Usted no va a vencer a Leo Zardoyan, se lo aseguro. Mi colección de piezas únicas es la más valiosa del mundo. No faltará en ella un halcón de plumas de oro y ojos de rubíes, sólo porque un necio ladrón americano se ponga contra mí.

—De modo que es eso —rió Fox, despectivo—. Un agente extranjero que, a la vez, colecciona piezas únicas. Un maníaco del arte y de la muerte a sueldo. Esa clase de basura es usted: un loco mitad coleccionista, mitad espía.

—¡Fuera! —rugió Zardoyan—. ¡Llévalo a lugar seguro hasta que anochezca! Entonces lo liquidáis y arrojáis su cadáver en las calles...

El rubio esbirro de Zardoyan clavó su arma en la espalda de Fox, obligándole a caminar hacia el fondo de la amplia estancia, donde aguardaba el otro hombre armado. Selim sonrió siniestramente, siguiéndole con torva mirada.

Al pasar junto a la hermosa mujer que acompañaba al eurásico, ella dijo con un excelente inglés, clavando sus profundos ojos rasgados en él:

—Eres un necio, americano. Vas a pagar con la vida tu obstinación.

—No me asusta morir, señora —respondió irónicamente Fox—. ¿Le sucederá igual a su amado Zardoyan cuando le llegue su momento?

Y con una burlona reverencia a la seductora hembra, abandonó

la estancia. Momentos después, era arrojado en una habitación sin ventanas, de muros desnudos, donde le cerraron con llave, tras anunciarle que volverían en menos de cinco horas para ver si había cambiado de idea. En caso contrario, sería ejecutado sin más demoras.

Fox comprobó que la puerta era de recia madera difícil de abatir, por no decir imposible, y más en su actual situación, sin útil alguno de su «oficio» sobre sus ropas, tras el minucioso registro de que fuera objeto al llegar a la finca de Zardoyan, en las afueras de Kashmar.

—Creo que esta vez, las cosas están realmente feas para ti, Halcón —se dijo a sí mismo Tracy Fox, con cínica resignación.

* * *

No habían transcurrido ni siquiera dos horas, cuando notó que una llave giraba en la cerradura de la puerta, y ésta se movía, tras correrse el doble cerrojo que la aseguraba.

—Vaya, cambiaron de idea y apresuran las cosas —se dijo Fox, sombrío—. Esto se pone cada vez peor...

La puerta se abrió sin ruido. Alguien entró en la estancia desnuda, cerrando inmediatamente tras de sí.

No era ninguno de los esbirros de Zardoyan.

Era ella. La mujer de rostro exótico y generosas curvas. La amante de Leo Zardoyan, el agente eurásico. Empuñaba un revólver con silenciador.

—¿Qué ha venido a hacer usted? —preguntó él, seco—. ¿Es que Zardoyan usa verdugos femeninos en sus ejecuciones?

Ella le miraba con ojos relampagueantes. Negó con la cabeza.

—Vengo a ayudarle —dijo—. Intentaré que escape con vida de aquí.

—¿Por qué haría usted algo así por mí? Es la amiga de Zardoyan, ¿no?

—Lo soy. Pero voy a salvarle la vida, si la suerte nos acompaña.

—¿Y cómo reaccionará él si la descubre?

—Matándome. Es implacable, Fox. No se detiene ante nada.

—Empezaba a estar seguro de eso. ¿Por qué se arriesga así? No me conoce usted de nada. Y puede perderlo todo: bienestar, lujos, y

hasta la vida misma...

—No hay mucho tiempo que perder hablando. Los hombres de Leo regresarán pronto.

Tiene que marcharse en seguida.

—Aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué corre semejante riesgo?

—¿Usted qué cree? —Una mano de afiladas uñas bien manicuradas, le rozaron el cuello y la mejilla. Los ojos femeninos parecían devoradores al fijarse en él—. Me gustan los hombres valientes, sobre todo cuando son tan atractivos... Me reuniré contigo muy pronto, Tracy Fox. Espero que sepas agradecer este favor...

—Lo haré, no lo dudes. —Tracy puso sus manos en los hombros de ella, y las deslizó hasta sus brazos, para terminar acariciando la plena redondez de sus poderosos pechos.

Ella, en vez de objetar algo, exhaló un ronco gemido de placer y entornó sus ojos.

—Vaya si lo haré, encanto... Pero ¿crees que podrás engañar a Zardoyan?

—Eso es cosa mía —sonrió ella dulcemente, inclinándose y mordiendo sus labios, pegando su boca sensual a la de él, en un contacto excitante y mórbido—. Vamos, no podemos perder tiempo. Llévate luego el arma. Leo no sabe que la tengo. Los demás tampoco. Ellos pagarán tu fuga, te lo aseguro. Son responsables de tu seguridad en este lugar.

—¿Dónde me encuentro exactamente? —quiso saber Tracy Fox, al pisar el largo corredor guiado por ella—. Cuando me trajeron secuestrado, me taparon los ojos con un vendaje apenas salimos del casco urbano de Kashmar.

—Lo imaginaba —asintió ella, hundiendo una mano entre sus senos, para extraer un papelito doblado—. Guarda esto. Es un mapa de la zona y del modo de llegar a una carretera que conduzca a la capital. Te facilitaré un vehículo que hay en el cobertizo adonde te llevo: es una motocicleta, una «Honda» rápida y segura. En cuanto estés en ella, corre como una centella. Sólo así puedes salvar tu vida... y quizá la mía también. Si te dieran caza los esbirros de Leo, te torturarían sin piedad hasta sacarte el nombre de la persona que te liberó de tu prisión.

—No creo que lograsen nada —dijo Tracy duramente—. Sé soportar el dolor, sobre todo cuando se trata de salvar la vida de alguien que me ha ayudado.

—Pero no podrías combatir el pentothal sódico. Con el «suero de la Verdad» en tus venas, difícilmente callarías cuanto sabes —suspiró ella cansadamente—. Les conozco bien. Leo no se detendría ante nada por dos cosas de este mundo: sus piezas únicas de museo y su fiel servicio a los que le pagan.

—¿Quiénes son ellos, exactamente?

Ella se lo dijo. Tracy asintió, sin comentar nada. Luego, la hermosa mujer añadió, cuando alcanzaban ya sin problemas una angosta escalera ascendente que indicaba la existencia de un reducto subterráneo, aquél en que él estuvo hasta este momento:

—Cuando te alejes de aquí, no me olvides. Me llamo Mara Ilonka. Y nos veremos en Kashmar lo antes posible. Suerte, cariño. Estaré deseando reunirme contigo de nuevo.

—Yo también, Mara —aseguró él, deteniéndose cuando alcanzaron la planta alta, y una puerta de madera les condujo a una especie de almacén o cobertizo, donde la motocicleta «Honda», de color rojo, parecía esperar el momento de salir disparada para alejarse de allí lo más posible.

La rodeó con sus brazos. Besó sus labios, acarició el cuerpo turgente, estremecido, que sin duda se hubiera entregado dócilmente a él, de no contar el tiempo contra ellos con tanto agobio en estos momentos.

—Mi querido Halcón... —susurró la eurásica, apasionadamente, clavando sus uñas plateadas en la nuca del ladrón de guante blanco—. Odio cada día más a esa bestia cruel que me mantiene tan generosamente. Deseo algo más que lujos. Quiero a un hombre como tú... lejos de todo esto. Soñaré con el momento de empezar otra vida. A tu lado.

—No tardes demasiado, Mara —musitó él, apartándose lentamente de ella, casi con pesar—. Creo que podemos ser muy felices los dos. Pero una paloma puede que tampoco se sienta demasiado feliz junto a un halcón...

—No soy una paloma —rió ella suavemente, mirándole voluptuosa—. Más bien un águila o un gavián, Tracy. Haremos buena pareja, ya verás... Ahora vete, pronto. Cada minuto que pasa

puede significar la diferencia entre vivir y morir.

Asintió Fox. Tomó la motocicleta, cuyo depósito aparecía repleto. Se encaminó con ella a otra puerta de salida que, una vez abierta, le mostró un terreno llano, hasta una valla y unos setos y arboledas situados más allá, como barrera natural entre él y el regreso a la seguridad del hotel.

Montó en la moto, agitando su mano hacia Mara. Ella respondió al saludo. Luego, desapareció de su vista. Tracy puso en marcha la máquina. La motocicleta arrancó vertiginosamente, enfilando el camino hacia la cerca. Cuando estuvo lo bastante cerca de ella.

Fox la hizo encabritarse y saltar sobre el obstáculo, para rugir luego, a campo traviesa, alejándose más y más de la propiedad rural del agente eurásico.

Más tarde, al detenerse en la arboleda, consultó el sencillo plano trazado por Mara Ilonka, y le resultó fácil desembocar en la carretera general, de regreso al centro urbano de Kashmar.

CAPÍTULO VII

—Naturalmente, Selim no ha vuelto —suspiró el coronel Del Azir, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. ¿Quién podía pensarlo? Venderse al extranjero...

—Seguramente muera a manos de ese Zardoyan. Una vez descubierto su juego dentro del palacio, el tal Selim resulta más un estorbo que un hombre útil para ese siniestro individuo. Ése será su mejor castigo. Cuando el traidor no es necesario, se le acostumbra a pagar así.

—De modo que tampoco ellos tienen el legítimo halcón de oro...

—El militar se paseó por el despacho, con las manos a la espalda entre irritado y perplejo—. No logró entenderlo... ¿Dónde está, entonces, ese maldito pájaro, y quién lo robó de la sala de ceremonias de coronación?

—Al parecer, sólo nos queda ya una sola posibilidad —sonrió Fox, pensativo.

—En efecto. —Del Azir se volvió hacia él, sombrío—. Esa posibilidad es... el Príncipe Maldito. Islal, el traidor. El exiliado...

—¿Dónde se le puede encontrar?

—En el emirato vecino. Hay que cruzar la frontera, con todos los riesgos que ello implica. El Emir es amigo y protector suyo y, por tanto, enemigo mortal de nuestro país y de la Corona. Si alguien fuese allí en busca del halcón, caso de ser sorprendido no escaparía a la ejecución por espionaje o por entrada ilegal en un país enemigo.

—Sí, es de suponer que ocurriría así. Pero sí el príncipe Islal robó ese halcón, cabe la posibilidad de que lo haya dejado oculto en este país. Aunque yo me inclinaría por lo contrario: si él se apoderó de la figura de oro, o alguien lo hizo por encargo suyo, a estas horas

el pájaro estará oculto en algún lugar ignorado del vecino emirato.

—Estoy de acuerdo con usted, Fox —aprobó gravemente el coronel—. ¿Qué piensa hacer?

—Usted sabe lo que estoy intentando desde el principio —sonrió Fox—: Robarlo. Y lo intentaré donde sea.

—¿Incluso en el emirato?

—Incluso en el emirato... sí.

—Bien... ¿Qué necesitará?

—Un medio de entrar en ese país vecino.

—Delo por hecho —le miró fijamente, con expresión pensativa—. Lo que nadie puede garantizarle es el regreso, sano y salvo.

—Lo supongo —rió huecamente Tracy—. Debo correr ese riesgo, coronel.

—Tendrá un helicóptero especial a su servicio, con un piloto especializado, y de toda confianza. También los medios que solicite para moverse por allí con cierta posibilidad de éxito y garantías de supervivencia: es decir, armas, recursos de la índole que precise...

Usted tiene la palabra en ese sentido.

—No exigiré muchas cosas. Ese Zardoyan me despojó de varios instrumentos valiosos de mi «trabajo» —sonrió Tracy—. Pero aún poseo algunos otros de utilidad que llevaré conmigo. ¿Cuándo puedo emprender el viaje?

—Cuando quiera. Ya sabe que lo que menos nos sobra es tiempo...

—De sobra lo sé. Esta misma noche podría partir, ya de madrugada. ¿Es posible?

—Si usted está dispuesto a ello, todo es posible por nuestra parte, Fox —el coronel puso su firme mano en el hombro de Tracy—. No sé cómo agradecerle cuanto hace...

—Ya lo hará, si rescato ese halcón —rió de buena gana el americano—. Medio millón es un buen modo de expresar gratitud, coronel.

—No se las dé usted de duro y de interesado por encima de todo. Hay cosas que no tienen precio. Y usted las está haciendo con riesgo de su vida.

—Son muchas las vidas en juego, coronel, en esta partida de ajedrez que he aceptado jugar con varios enemigos a la vez —sentenció Fox con un suspiro—. No puedo olvidar a esa chica...

—¿Mara Ilonka? —El coronel arrugó el ceño—. Espero que salga con bien del lío en que se metió por salvarle a usted, Fox. Mis hombres recorren esa región en una batida intensa para localizar a Zardoyan, pero imagino que habrá levantado el vuelo en cuanto usted escapó. Sólo el azar, la fortuna, puede salvar a esa chica del riesgo que corre desde que le facilitó la evasión. Ojalá todo resulte bien.

—Sí, ojalá. —Fox se incorporó, con aire perezoso—. Regreso al hotel, coronel Del Azir.

¿Me acogerán allí esta madrugada?

—A las dos en punto, baje a recepción con sus útiles. Salga por la puerta de servicio. Un agente nuestro le esperará allí para guiarle adonde le espera el helicóptero. Lo demás es cosa nuestra.

—A la dos estaré, sin falta —prometió Fox, encaminándose a la salida—. No se demoren. Como usted dice, el tiempo vuela contra nosotros...

Salíó a la noche estrellada, tranquila y cálida de la ciudad de Kashmar, con sus calles iluminadas para los inmediatos festejos de la Coronación, pero con su tensa atmósfera de violencia latente, de peligros y asechanzas en torno a un Estado que se movía entre la incertidumbre de su precaria situación actual. Toda encrucijada del mundo vivía idénticos avatares últimamente. Ahora, Ahmadistán era el punto-clave de muchos intereses, ambiciones y egoísmos, de muchos odios y conspiraciones, tanto internacionales como internos. En cualquier momento, la falsa paz de aquella ciudad árabe podía convertirse en un estallido de sangre, muerte y terror.

Tal vez todo eso dependía de dos pájaros. De un halcón de oro. Y de otro Halcón de carne y hueso, que ahora cruzaba tranquilamente las vigiladas calles, entre patrullas policiales y coches militares, de regreso al lujoso hotel cercano donde se alojaba como el turista americano Tracy Fox...

* * *

El helicóptero era como un gigantesco insecto sobrevolando los territorios oscuros y silenciosos, sobre dunas arenosas y grandes extensiones desérticas.

Hassan, el piloto elegido por el propio coronel Del Azir para la

peligrosa misión fuera de las fronteras de Ahmadistán, dirigió una ojeada a sus pies, en la noche estrellada y tranquila.

—Estamos cerca, señor —dijo en un inglés muy aceptable—. He elegido la ruta del desierto por ser la menos arriesgada/y más aún durante la noche. De día, es posible encontrar alguna caravana o destacamentos de fuerzas legionarias del Emirato, pero en plena noche el vuelo resulta seguro.

—Lo sé, Hassan —asintió Tracy Fox con un movimiento de cabeza—. Ya me he dado cuenta de que el coronel no se equivoca al elegir a sus hombres. Es usted un excelente piloto y un perfecto conocedor de los lugares que recorre.

—Es usted demasiado amable conmigo, señor —sonrió agradecido el árabe.

Siguieron sobrevolando el desierto por algún tiempo. Bruscamente, en la distancia, una línea de palmeras y vegetación alteró la monotonía del paisaje. El helicóptero redujo su velocidad y, al mismo tiempo, el ruido de sus hélices.

—Ya llegamos —advirtió Hassan—. Tras esa serie de oasis, está la carretera del desierto, una autopista construida por técnicos extranjeros para el transporte de mercancías y vehículos pesados, con destino a los pozos petrolíferos del Emirato. Es su única riqueza, pero gracias a ella viven fastuosamente en un país eminentemente pobre y de tan reducidas dimensiones. A media distancia entre el desierto y los pozos de petróleo, está la capital del país. Pero no vamos a ir tan lejos, señor. Sé dónde reside el príncipe Islal.

—¿Tengo que lanzarme desde el aire, o es posible aterrizar sin grave riesgo? —se interesó Fox, tratando de ver con más detalle el nuevo paisaje que empezaba a aproximarse a ellos.

—Podré aterrizar. El Príncipe Maldito tiene una residencia especial para él, donación del Emir de este país. Es una propiedad muy amplia, y podemos tomar tierra sin que nadie advierta nada, a alguna distancia de la finca propiamente dicha. Después, será tarea suya alcanzar el edificio y tratar de conseguir su objetivo, señor. Yo esperaré en el helicóptero justamente hasta una hora antes del amanecer, que es el tiempo que tengo para alcanzar el desierto y poder cruzar de nuevo la frontera de Ahmadistán. En caso contrario, seríamos localizados y derribados por los cazas del Emir.

—Muy bien, Hassan. Estoy en sus manos.

—Todos estamos en manos de Alá, señor —sonrió el árabe—. Que él nos proteja...

El helicóptero siguió su vuelo nocturno sobre territorio extranjero y enemigo. Al parecer, pensó Fox, tenían la suelde que el vecino Emirato no era muy poderoso en fuerzas aéreas, ni demasiado eficaz en detectar vuelos en su espacio aéreo: En caso contrario, era probable que el coronel Del Azir no hubiese autorizado aquel arriesgado plan.

—Ya estamos sobre la propiedad —dijo en determinado momento Hassan, tras mirar la brújula, consultar un plano y dirigir abajo una ojeada—. Fíjese bien, señor, en el punto exacto donde nos posamos. Tendrá que recordarlo luego, cuando regrese de la casa del príncipe Islal. Ese macizo de altas palmeras y ese gran peñasco de forma vertical, le servirá de guía y de referencia.

Asintió Fox, mientras examinaba dificultosamente en la noche los puntos indicados por su piloto. Minutos más tarde, lo más silenciosamente posible, el aparato tomaba tierra justamente al pie del peñasco, protegido por las altas palmeras, que servían de cortina entre ellos y la distante vivienda, cuyas luces eran visibles ahora en la oscura noche estrellada, allá sobre un altozano arenoso rodeado de verdor.

Tracy Fox tomó sus útiles más necesarios, entre ellos una pistola con silenciador, y descendió del aparato, haciendo un gesto de despedida al piloto. Éste le advirtió, consultando la esfera luminosa del reloj de a bordo:

—Recuerde bien esto, señor. Dentro de tres horas amanecerá. Por tanto, sólo tiene dos horas justas para hacer lo que sea y escapar. En ese momento, si usted no ha regresado, me veré obligado a despegar, dejándole aquí. Sólo podría volver en otra ocasión, pero no sería seguro, si ellos adoptasen precauciones, y usted se quedaría en sus manos, virtualmente indefenso.

—Lo sé muy bien. Estaré de regreso, Hassan. Si no... mis saludos al coronel.

—Suerte, señor —deseó el árabe con tono sincero.

Fox se alejó en la noche. Las tinieblas lo engulleron como si formasen parte de un monstruo enorme, vivo y sin forma.

La casa del Príncipe Maldito, el pariente de los Shammar que quiso terminar con la dinastía y coronarse él mismo rey, apenas muerto el padre del príncipe Jaleb, el rey Nazim Zamal, era alargada y de blancos muros. No había especiales medidas de seguridad en torno a la misma, posiblemente porque en aquel paraje desolado era difícil que nadie intentara cosa alguna contra el exiliado de Ahmadistán.

De todos modos, hubo de salvar una cerca de alambrada espinosa y una tapia de ladrillos blanqueados, antes de llegar al edificio con el sigilo de un felino moviéndose en la noche. Desprovisto de otras ropas que no fuese su malla negra adherida al cuerpo, con sus múltiples bolsillos ocultos y su caperuza ajustada, que sólo permitía ver los ojos y la boca, Tracy Fox volvía a ser, una vez más, el Halcón.

Sólo que esta vez, su intento de robo le había llevado muy lejos, a tierras extrañas y peligrosas, en busca de un pájaro con plumas de oro, que significaba la paz o la guerra para un pueblo.

Cruzó un sendero que serpenteaba entre cactus y plantas del desierto, hasta un estanque de aguas limpias y oscuras, donde se reflejaban las estrellas de los cielos árabes, tal vez las mismas que se habían mirado en las rumorosas fuentes de los tiempos legendarios de Harum-Al-Raschid y de Las Mil y Una Noches. Ahora, sin embargo, al menos para Fox, habían perdido todo su aire bello y fantástico para ser un peligro con su escasa luz blancuzca, capaz de revelar cualquier presencia viva en la oscuridad de la noche.

Rodeó el estanque y se aproximó a las reforzadas rejas de las ventanas del edificio.

Tanteó la puerta del mismo y sonrió duramente. No iba a ser fácil entrar. Era metálica, blindada. El Príncipe Maldito no estaba tan indefenso como parecía.

Los útiles del ladrón de guante blanco entraron en acción, tras una ojeada del enmascarado personaje al tejado. Extrajo de sus ropas negras un rollo de hilo de seda, fino y resistente, que se disparaba de forma automática y potente, con el solo hecho de presionar un determinado punto del envoltorio. El hilo se proyectó hasta el tejado, donde se adhirió mediante un resistente garfio de

acero a un punto sólido del mismo. El Halcón tiró de la seda comprobando la resistencia. Satisfecho, inició su rápida y silenciosa escalada, alcanzando el tejado, que recorrió ágil, calladamente, con el sigilo de un jaguar.

Alcanzó así su objetivo, deteniéndose sobre las tejas, al lado de una pequeña azotea donde se alzaban dos chimeneas gemelas. Sonrió. Cualquiera de ellas era lo suficientemente ancha como para dar salida a los humos... y entrada a un cuerpo humano ágil y esbelto como el suyo.

Tras comprobar que abajo no se veía luz alguna, se introdujo con cautela por una de las chimeneas. Comenzó a bajar, utilizando unas curiosas ventosas de goma, aplicadas a sus rodillas y manos, que le iban sujetando paulatinamente a cada punto del angosto muro de la chimenea, en su descenso cauto y escurridizo.

Por fin pisó suelo, tras saltar por un hueco en plena oscuridad. Sus pies, calzados solamente con la fina malla negra, no produjeron ni el más leve roce. Era como si un gato hubiera saltado desde la chimenea a las baldosas de una sala, al parecer amplia y cuadrangular, cuyas ventanas enrejadas permitían ver el resplandor apagado y distante de los astros.

Deambuló por la estancia, utilizando su lámpara de luz infrarroja. Sus ojos, protegidos con lentillas especiales para esa luz invisible normalmente al ojo humano, estudiaron cada detalle del lujoso mobiliario, los cojines y almohadas de seda, las cortinas de terciopelo y cuanto allí había de buen gusto, comodidad y refinamiento. El exilio del príncipe Islal era, en cierto modo, un destierro dorado, pensó Fox, pasando sigilosamente a otra habitación cercana.

En ésta halló un prodigioso juego de ajedrez, con tablero de plata y figuras de jade y marfil, alineadas sobre el mismo, encima de una mesa de alabastro finamente tallado.

Alrededor de esa pieza de museo, más muebles lujosos y comodidades suntuosas, convertían aquella vivienda aislada en un auténtico palacio.

Recorrió todavía dos o tres estancias más, antes de encontrarse en un salón-biblioteca, donde su pericia y larga práctica en tales exploraciones, le llevó sin perder demasiado tiempo hasta la caja fuerte oculta en el lugar.

Un panel de estanterías con libros cedió bajo la presión de sus dedos sensitivos y experimentados, tras un minucioso examen de todos los muros repletos de volúmenes.

Tras ese panel, apareció el rectángulo gris del acero. Era la caja que andaba buscando.

Dar con su combinación hubiera sido largo y tedioso trabajo hasta para un experto. El Halcón tardó exactamente cuatro minutos en obtenerla, pegando su oído a la caja, con un minúsculo aparato amplificador de sonidos en su interior.

Satisfecho, hizo girar el pomo, hubo un leve chasquido, y la puerta de acero, que no aparecía conectada a alarma alguna, según comprobó previamente, quedó abierta.

Introdujo sus brazos en la misma. Cuando los extrajo, apartando a uno y otro lado fajos y fajos de billetes de curso legal, todos ellos dólares, francos suizos y marcos alemanes, llevaba en sus manos una curiosa pieza de reducidas dimensiones, no mayor de quince centímetros por veinte.

Era un halcón de oro bellísimo, con los ojos de rubíes centelleantes a la luz infrarroja, que aún hacía destacar más el carmesí de las gemas. No necesitaba pruebas para saber que aquel halcón era de oro purísimo.

Pero era demasiado pequeño para ser el original robado. Todo lo más, era un facsímil, una copia a menor tamaño del verdadero. Aun así, una joya valiosa y muy bella, pensó Fox.

Las luces se encendieron en su totalidad.

—Bien venido a mí casa, señor Halcón —dijo una fría voz con tono amable—. ¿Encontró lo que buscaba?

Se volvió.

Un hombre altísimo, de raza árabe, envuelto en una suntuosa chilaba de seda y oro, en color negro, le contemplaba sonriente y hasta con aire afable, burlón. No empuñaba arma alguna.

En su lugar, hasta una decena de fornidos hombres de raza árabe, con los torsos desnudos y brillantes, la rodeaban esgrimiendo subfusiles automáticos de moderna factura, enfilados hacia él.

CAPÍTULO VIII

—Parece que últimamente no tengo mucha suerte —suspiró el Halcón—. Todo el mundo me espera. Todo el mundo sabe quién soy...

—Yo tengo mis motivos para saberlo —sonrió ladinamente el hombre altísimo, de ropaje negro y oro—. Soy el príncipe Islal, aunque muchos en Ahmadistán prefieren llamarme el Príncipe Maldito.

—Es un placer conocerle —dijo burlón Tracy—. Yo soy el Halcón.

—Y también Tracy Fox, turista americano, ¿no es cierto? —Él rió al ver su gesto de extrañeza—. Como ve, estoy muy bien informado.

—¿Informado? —repitió Fox la palabra con cierta ironía.

—Justamente lo que imaginaba —asintió el príncipe con un destello de simpatía en sus fríos ojos escudriñadores—. Alguien le vendió, mi querido amigo. Hoy en día no puede uno fiarse de nadie.

—¿Sabía de mi presencia en el Emirato?

—Lo sabía todo: el helicóptero, usted, su misión de robar el halcón de oro... Verá que el traidor me dio todos los detalles. Sólo tenía que esperarle.

—Supongo que no va a decirme quién es el traidor.

—El no sé identificó. Transmitió un mensaje por radio a mi emisora de esta propiedad, eso fue todo. Alguien lleva un doble y sucio juego en Ahmadistán. No me importa demasiado, porque sólo cayendo la dinastía Shammar, puedo llegar un día a ser yo el rey, señor Fox.

—No pretenderá decirme que usted no forma parte del complot para arruinar la coronación.

—¿La de pasado mañana, en la persona de mi sobrino Jaleb? — Él se echó a reír—. No, mi querido amigo. No formo parte de todo eso. Lo sigo curiosamente, es todo.

—Pero sabe que el auténtico halcón de plumas doradas fue robado.

—Lo imagino. Si no, usted no estaría ahora aquí.

—Pero éste... no es el halcón verdadero, sino una copia más pequeña, aunque valiosísima —agitó el halcón de oro en su mano.

—Cierto. Siempre deseé tener conmigo el símbolo de la Corona de Ahmadistán. Es un simple capricho algo tonto, lo admito. Usted sabe bien sin duda el verdadero tamaño del Halcón de Plumas de Oro. Eso es una miniatura, nada más.

—Escuche, Alteza —habló duramente Fox, aunque ante aquel erizado grupo provisto de armas mortíferas debería haberse mostrado más cauto—. He visitado a los Mullahs, he sido prisionero de un tal Leo Xardoyan, un eurásico que sirve los intereses de cierta potencia extranjera en Ahmadistán, y ninguno de ellos posee el Halcón de Plumas de Oro.

Usted, tampoco.

—Cierto. Yo tampoco.

—Entonces, ¿dónde puede estar ese halcón?

—La respuesta ha de ser obvia, para un hombre astuto e inteligente como usted —sonrió el Príncipe Maldito.

—El traidor.

—¿Mi informador de Kashmar? —Meneó afirmativamente la cabeza—. Sí, es muy probable. Esa persona desea terminar con la tradición y con el futuro rey. Sus razones tendrá para ello.

—Lástima que me haya sorprendido, Alteza. Hubiera sido un buen golpe a favor de la Corona regresar allí sano y salvo y desenmascarar al culpable de todo esto.

—Esa persona no parece contar con su regreso en absoluto —rió burlonamente el príncipe Islal.

—Por supuesto —los ojos de Fox recorrieron lentamente la hilera de hombres armados, que le contemplaban con rostro hosco y amenazador. En cuanto su amo diese la orden, le coserían a balazos allí mismo—. ¿Cuándo piensa matarme, Alteza?

—¿Quién ha dicho que piense matarle?

—Es lo lógico en estos casos, ¿no?

—Yo soy una persona muy particular en mis cosas, señor Fox —dijo indolentemente el príncipe exiliado, paseando por la estancia con aire abstraído—. No me gusta que me manipulen para que otros lleven adelante sus intereses. En este caso, la persona que le traicionó a usted, se ha limitado a utilizarme de presunto verdugo.

—Trabajo que, sin duda, hará usted gustoso, puesto que yo estoy al lado de su sobrino, el príncipe Jaleb y del regente Imsar. Es decir, junto a la Corona de Ahmadistán.

—Hace tiempo que perdí mis últimas esperanzas de llegar a ser rey alguna vez —se lamentó Islal, mirándole gravemente—. Si ahora hubiese un golpe de Estado o una revolución en mi país, no sería yo quien ocupase ese trono. Ni siquiera habría otro rey.

Los Mullahs o los intereses extranjeros dominarían el país, haciéndose cargo del poder, de modo que no voy a ser juguete de nadie. Señor Fox, puede retirarse de mi casa y regresar a Ahmadistán. Ahora ya sabe que no tengo el halcón en mi poder. Por tanto, su presencia en este Emirato, además de peligrosa para su vida, es perfectamente inútil.

—No va a decir que piensa... dejarme libre.

—Eso, exactamente, acabo de decirle. Admiro a la gente astuta y valerosa como usted.

Por mí, nadie sabrá nunca quién es el Halcón, se lo aseguro —hizo un ademán a uno de sus hombres, que se inclinó, apartándose del grupo armado y saliendo de la estancia en silencio—. Ah, señor Fox, otra cosa.

—¿Sí?

—No ha sido solamente usted el sorprendido por mi gente. Dos personas más van a reunirse ahora con usted, para que regresen juntos a su punto de origen.

—¿DOS personas? —se extrañó Fox, parpadeando—. No entiendo...

—Está muy claro. Ahí las tiene.

La puerta por donde se fuera el servidor, se abrió ahora de nuevo. Regresó el subordinado del príncipe..., pero acompañado.

Fox lanzó una imprecación de enorme estupor cuando los dos prisioneros aparecieron en la puerta.

Uno, era Hassan, su piloto. El otro...

—¡Señorita Harris! —exclamó el Halcón, retrocediendo

asombrado.

Wanda Harris, la periodista inglesa, le miró desafiante, tras escudriñar toda la escena.

Aunque también ella revelaba sorpresa en su gesto, fue agresiva al hablar a Tracy Fox:

—Vaya... De modo que era usted el Halcón. Y yo caí en la trampa. Un truco tan viejo como el mundo. El de la Pimpinela Escarlata, el del *Zorro* o cualquier otro enmascarado o héroe novelesco: fingirse un hombre superficial y necio, despreciando siempre al Halcón... para terminar siendo el Halcón en persona. Debí imaginarlo, tonta de mí.

—Señorita Harris, ¿qué hace *usted* en este lugar? ¿Cómo llegó hasta aquí? —bramó Fox, airado.

—Iba... iba de polizón en el helicóptero —suspiró Hassan tristemente—. No me di cuenta de ello, señor. Pero la gente del príncipe, sí. No sé cómo pudo hacerlo...

—Oh, la señorita Harris parece muy astuta cuando va en busca de la noticia —se enfureció Fox—. Debió vigilarme esta noche, en el hotel, y me siguió hasta el helicóptero con su maldita cámara y su curiosidad profesional... Alteza, no sé si está jugando conmigo como el gato con el ratón, y al final va a sacrificarme pese a cuanto dice, pero si lo hace así, le ruego que, cuando menos, respete la vida de esa muchacha torpe e inconsciente que tiene en su poder. Es sólo una periodista entrometida, y no merece morir por su estupidez.

El príncipe Islal sonrió burlonamente, cruzándose de brazos. Miró a la joven británica y luego al enmascarado personaje de malla negra, meneando la cabeza de un lado a otro.

—Mi querido Halcón, para ser un hombre tan inteligente y astuto, está usted bastante mal informado —sentenció—. Esta jovencita no es Wanda Harris, una vulgar periodista inglesa, como usted cree. Se trata de Wanda Harris, sí. Pero agente especial del Servicio de Inteligencia británico, señor Fox...

* * *

Los hombres armados rodearon el helicóptero. El príncipe Islal tendió su morena mano a Tracy Fox, mientras Hassan se sentaba

ante los mandos del aparato.

—Como ve, mi querido amigo, aunque sea un traidor, un príncipe es siempre un príncipe —dijo solemnemente—. Le prometí la libertad para usted y sus acompañantes, y aquí la tienen. Salgan cuanto antes del cielo del Emirato para evitarse sorpresas desagradables, y digan a mi sobrino Jaleb y a mi primo Imsar que no les guardo rencor alguno. No espero volver ya nunca a Ahmadistán, pero tampoco quisiera saber que sus cabezas ruedan por los suelos en una guerra civil. Adiós, señor Fox, y mucha suerte en la búsqueda del halcón de las plumas de oro.

—Gracias, Alteza. —Fox apretó con calor la mano que se le tendía y miró cordialmente a su interlocutor—. No sé de intrigas palaciegas ni odios coronados. Sólo sé que hoy he conocido a todo un caballero... y a un perfecto príncipe, sea cual sea su pasado y sus enfrentamientos a su familia.

—Me honran sus palabras, Halcón —sonrió el exiliado—. Y usted, señorita Harris, ya ve que también fui ampliamente informado por mi anónimo comunicante de Kashmar. Sabía todo respecto a usted.

—Muy pocas personas en Kashmar saben que yo soy agente británico desplazado para ayudar en caso de apuro a la Corona —comentó Wanda, sombría.

—Y muy pocas saben que yo estaba aquí esta noche —replicó Fox—. De modo que el traidor ha de estar donde se puede informar muy bien. Eliminado el jefe de la guardia real, Selim, no sé quién pueda ser. Pero albergo ciertas sospechas.

—¿Piensa confirmarlas? —sonrió Islal.

—Por supuesto. Si la traición está donde imagino, es posible que todavía pueda ser salvada la Corona de Ahmadistán, príncipe. Lo sentiré por usted.

—No se preocupe. Ya le he dicho que empiezo a hacerme a la idea de seguir siendo siempre el Príncipe Maldito, exiliado en tierras extranjeras. Es mi destino, sin duda alguna.

—A veces, el destino es injusto con las personas. Alteza.

—Quizá. Pero hay que aceptarlo y seguirlo. Nosotros, los árabes, somos fatalistas, ya lo sabe. Aceptamos las cosas como son, porque creemos que así tienen que ser y que nadie puede ir contra su propio destino. Aceptemos cada cual el nuestro.

Subieron ambos al helicóptero. Hassan lo puso en funcionamiento. El aire violento de sus hélices agitó las ropas y cabellos del príncipe y su escolta. Se apartaron, mientras el aparato se elevaba en el aire.

Lo último que vieron, engullido por las sombras nocturnas, allá a sus pies, fue la mano del Príncipe Maldito, agitándose en cordial despedida.

Se alejaron definitivamente de la propiedad de Islal, de regreso a Ahmadistán. Fox y la joven cambiaron una mirada. Luego, ambos se echaron a reír.

—De modo que íbamos de pillo a pillo —comentó él.

—Eso parece. No podía decirle a nadie la verdad, Fox.

—Lo comprendo, Wanda. Debe perdonarme si la taché de entrometida.

—También me llamó estúpida —ella frunció sus carnosos labios en un mohín—. Pero yo le dije asimismo muchas cosas duras cuando le creía sólo un americano tonto y engreído, sólo capaz de gastar sus dólares en turismo. Me engañó muy bien, lo confieso. Es uno de mis grandes fracasos como agente especial.

—¿Quién sabía en Kashmar su identidad real, Wanda? —se interesó Fox, ceñudo.

—El coronel Del Azir, naturalmente.

—Ya. —Fox se mordió el labio inferior—. Vamos a tener que encontrar al traidor.

—No será fácil. Cuando se tiene que indagar en las altas esferas, todo se hace muy complicado, especialmente en un país extranjero.

—Lo sé. Para ambos será difícil. Pero con la ayuda del «Halcón», es posible que resulte, Wand.

—Eso, seguro —rió ella de buena gana—. ¿Piensa hacer algo especial?

—Sí. Algo muy especial: devolver el Halcón de Plumas de Oro a su legítimo dueño: el futuro rey de Ahmadistán.

—Sólo le queda un día, Fox. Pasado mañana por la mañana, es la ceremonia de la coronación. Bueno, dada la hora que es, mejor podríamos decir que es mañana.

—En efecto. Un día. Puede ser suficiente, si se sabe dónde buscar.

—¿Y usted lo sabe? —dudó Wanda, mirándole atentamente.

—Tengo una idea. Por cierto, una frase del príncipe Islal me dio la clave. Tal vez él mismo ignoraba lo que dijo. O me lanzó una clave disimuladamente, quizá nunca llegue a saberlo.

—Me intriga usted con tan misteriosas palabras.

—Pronto sabrá si mis sospechas son ciertas, Wanda. Ahora, sé que puedo confiar en usted, y eso me basta.

—Gracias, Fox —ella le oprimió una mano calurosamente—. Al final, vamos a ser muy buenos amigos usted y yo, estoy segura.

El helicóptero volaba a buena velocidad ahora, aproximándose a la frontera del Emirato con Ahmadistán.

Estaban a punto de hallarse a salvo. De regreso en casa.

CAPÍTULO IX

Era una espléndida ceremonia.

El pueblo, el ejército con su uniforme de gala, los visitantes extranjeros, la Prensa, la radio, la televisión y los noticiarios filmados, presentes en el acontecimiento.

Las calles llenas de guirnaldas y banderas, los balcones y tejados repletos de público ávido, impaciente. Los estampidos de las salvas de ordenanza, las marchas militares atronando el aire, los aviones de combate ahmadistanos volando en formación sobre la capital del reino, por encima de las cabezas de la multitud.

Era el día grande. El día de la Coronación.

Y dentro de palacio, el esplendor de toda la gran ceremonia, dispuesta para el gran instante.

Ya se aproximaba el cortejo, desde la mezquita de Kashmar, donde los Mullahs, a la espera del gran desastre inevitable, habían bendecido hipócritamente al joven príncipe, momentos antes de convertirse en monarca... si llegaba a serlo de verdad.

Sólo cuando el líquido rojo, el ácido, resbalara sobre el oro del halcón real, sin manchar su dorado plumaje, sería rey el joven Jaleb, recibiendo en ese momento la corona de manos de su tío Abdul Imsar, actual regente de la nación.

Tracy Fox estaba en primera fila, presenciando la ceremonia que iba a iniciarse en su tramo final, con la entrada del príncipe y su cortejo en el recinto real.

El coronel Del Azir y sus fuerzas especiales controlaban todos los puntos estratégicos, para velar por la seguridad del joven monarca. Se habían adoptado todas las medidas pertinentes. Pero el rostro de Del Azir revelaba angustia, tensión. Sus ojos alternativamente en el rostro inmutable, hermético, de Tracy Fox, y en la cortina roja,

espesa y de dorados flecos que, tras el trono, cubría a la vista de los presentes la figura dorada del halcón real, a punto de ser descubierto, en cuanto el príncipe ocupase su trono, junto a su tío regente, para iniciar la ceremonia.

Junto a Fox, Wanda Harris permanecía asimismo atenta, con los nervios en tensión, sin saber cuál sería el desenlace del gran momento.

Sus miradas impacientes a Fox habían resultado inútiles. No obtuvo respuesta alguna.

Ni la faz del americano reveló la menor emoción, alegría, preocupación o cualquier otra cosa.

El clamor de las gentes invadió palacio. La guardia real abrió paso. Y se aproximó la brillante comitiva.

Empezaba el último acto de aquello que podía ser un drama o una tragedia. El joven príncipe apareció, seguido por el regente Imsar. Tras ellos, la bella y dulce Diznarda, la futura reina.

El coronel Del Azir hizo un gesto. Sus hombres formaron cordón a lo largo de la suntuosa alfombra que iba a morir al pie de los escalones del trono, donde otra alfombra majestuosa conducía al regio asiento.

Vítores, música y estruendo de salvas formaron un conjunto inenarrable dentro del amplio recinto palaciego. Los ojos de Fox se entornaron, como si todo él estuviese ahora en tensión, esperando algo, un momento supremo y decisivo.

Wanda, impaciente, le miró de soslayo, sin adivinar qué podía llegar a suceder en los minutos siguientes.

Pero sabiendo que algo estaba a punto de producir la apoteosis de la coronación.

—Dios mío, Fox... —la oyó murmurar él—. ¿Es que no puede sacarme de dudas? ¿Va a resultar bien o no? ¿Qué ocurrirá cuando le vayan a coronar y derramen la supuesta sangre sobre el halcón?

—Tenga paciencia —la contestó Fox, imperturbable—. Va a saberlo en seguida, Wanda.

Ella se mordió el labio, entre irritada e impaciente. El joven monarca futuro ya estaba en pie ante el trono. Su tío tomó en sus manos la corona real, que reposaba sobre un cojín carmesí. La situó en otro cojín azul, ante Jaleb.

Luego, con gran ceremonia, tomó de otro lugar un frasco

dorado. Se aproximó al halcón de oro. Contempló la pesada cortina roja. Empezó a descorrerla, tirando de un cordón dorado. La gente contuvo el aliento.

Empezó a surgir la figura dorada. El halcón real, con su dorado plumaje, emergía lentamente, colgado del muro, formando el fondo del trono. En la mano firme del regente, el frasco dorado se alzó, empezó a verter el líquido rojo, la falsa sangre, sobre la figura de oro.

Hasta el joven Jaleb tragó saliva, muy pálido, mirando de reojo a su tío, en el momento de la suprema ceremonia. Del Azir, tenso, clavó sus ojos en el halcón.

Se hizo un silencio profundo, respetuoso. El líquido rojo corrió sobre el plumaje de oro...

Una viva exclamación de júbilo invadió la vasta sala. Temblaron los muros, con el grito unánime de la gente:

—¡Viva el futuro rey! ¡Viva la Corona! ¡Viva Ahmadistán!

Atónito, el regente, príncipe Abdul Imsar, contempló con ojos desorbitados los goterones rojos sobre las plumas de oro.

El metal seguía inalterable. El halcón no se desteñía con el ácido.

Era el auténtico Halcón de Plumas de Oro.

Los ojos de Del Azir se clavaron, rápidos, en Fox. Éste asintió con la cabeza, sereno.

Wanda Harris respiró hondo.

Rápido, el coronel avanzó hacia el trono. Se abrió paso entre la guardia. Se puso junto al regente. Para pasmo de todos, apoyó su sable en el pecho del tío del futuro rey, que estaba mortalmente pálido, mirando incrédulo al halcón dorado, dejando caer sobre la lujosa alfombra el resto del ácido rojo.

—Alteza reí, daos preso en nombre del rey —dijo sordamente—. Se os acusa de robar el Halcón de Oro, de complot contra nuestro futuro monarca y de alta traición contra el pueblo y la casa real de Ahmadistán.

Estupefacto, el joven príncipe contempló la escena, en medio del sobrecogedor silencio que reinaba en la vasta sala.

—Coronel... —jadeó—. ¿Qué significa esto?

—Significa, señor, que vuestro tío, el actual, regente, a espaldas vuestras, actuaba para hundiros y proclamarse él rey definitivo —

dijo el coronel con voz firme—. Como testigos, tenemos al señor Tracy Fox, de Estados Unidos, a la señorita Wanda Harris, de Gran Bretaña, y a dos de vuestros ministros, como testigos de que el verdadero halcón de oro, el robado, estaba en el sótano de la residencia particular del príncipe Abdul Imsar.

—Tío... —El príncipe miró con horror a su pariente—. ¿Cómo pudiste tú...?

—Lo lamento, Alteza —dijo con gravedad el regente—. La corona y el poder me corrompieron. Deseaba seguir siendo rey. Ahora, todo cuanto hice en mi beneficio para volverme inmensamente rico en estos años y sacar del país grandes sumas de divisas será descubierto. No podía permitirlo. Tenía que hacer algo por seguir siendo rey. Lo intenté, Alteza. Por culpa de un halcón he fracasado. Lo lamento. No perderé mi dignidad cuando ruede mi cabeza, tenedlo por seguro, sobrino.

Y sus ojos se fijaron, iracundos, en Tracy Fox, mientras la guardia real le conducía prisionero, para permitir que prosiguiera la ceremonia.

—Como dijo el Príncipe Maldito, mi querida Wanda, un príncipe, aunque sea un traidor, es siempre un príncipe... —suspiró Fox.

—¿Ésa fue la frase que le dio la clave?

—Sí. Entonces pensé en el regente. El lo sabía todo a través del coronel Del Azir.

¿Quién, sino él, podía estar traicionando al futuro rey, sabiendo todos los secretos de la Corona?

—Al fin, el Halcón consiguió lo que quería: robar el halcón de oro.

—No podía ser de otro modo —rió el joven americano—. En caso contrario, ¿qué hubiera sido de mi prestigio?

Y ambos rieron jovialmente, mientras la coronación proseguía triunfalmente, asegurando así la paz futura para el país, y su equilibrio político en el porvenir.

* * *

—Todo final feliz tiene su lado triste —suspiró Fox, contemplando en la distancia la ciudad de Kashmar, mientras el

avión les alejaba definitivamente de aquel país donde viviera tan violentas emociones.

—¿A qué se refiere, Fox? —quiso saber Wanda Harris, su compañera de viaje.

—Una hermosa mujer, una eurásica llamada Mara Ilonka, arriesgó su vida por salvar la mía. Hoy he sabido que su cadáver fue hallado en las callejuelas de Kashmar. Fue asesinada por su amante, Leo Zardoyan. El hecho de que Zardoyan y su gente hayan sido capturados por el coronel Del Azir cerca de la frontera, y que un día de esta semana sus cabezas rueden por el suelo, junto con la del príncipe Abdul Imsar, no me sirve de mucho consuelo, después de todo.

—Lo siento. ¿Amaba usted a esa mujer?

—Ni siquiera tuve tiempo de saberlo. Era bella y decía sentir atracción hacia mí —murmuró Fox—. Arriesgó todo por mí, y perdió. Pobre Mara. No será fácil olvidar su sacrificio. Pero nunca sabré si hubiera llegado a amarla.

—Fox, usted siempre enamora a las mujeres, ¿no?

—No, yo no —sonrió él tristemente—. El Halcón.

—El Halcón... —Ella meneó la cabeza de un lado a otro—. ¿Sabe una cosa? Yo le dije que estaba enamorada del Halcón, ¿recuerda?

—Sí, ¿cómo olvidarlo?

—No se puede amar a un ser que no existe, a una sombra. Ahora sé a quién amo realmente.

—¿Algún joven inglés afortunado?

—No. Un joven americano afortunado —rió Wanda de buen humor.

—Oh, no es posible...

—Claro que no espero que usted me ame, Fox. Sólo era una confesión por mi parte.

El no dijo nada. Se inclinó. La rodeó con sus brazos. Y la besó.

—Tracy... —Ella le miró con reproche—. No soy una aventura...

—Claro que no. Cuando temí que el Príncipe Maldito te hiciera asesinar, hubiera dado mi vida por ti, Wanda. Y eso que te creía una entrometida reportera llena de temeridad y estupidez. ¿Te parece poco eso?

—Tracy...

Y ahora, fue ella la que le besó con todas sus fuerzas.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] En inglés, el Halcón se traduce por «The Falcon», de ahí que las iniciales T. F. equivalgan a las que, en nuestra lengua, serian lógicamente E. H. (N. del E.). < <